3 1761 07990591 5

Bilbao, Manuel
Cartas de Bilbao a Cernuschi

F
2847
B6A48
1875

Cartas de Bilbao
a Sarmiento

B. Aires
1875

CARTAS

DE

BILBAO Á SARMIENTO

RECOPILADAS

POR UNOS AMIGOS DE LA VERDAD

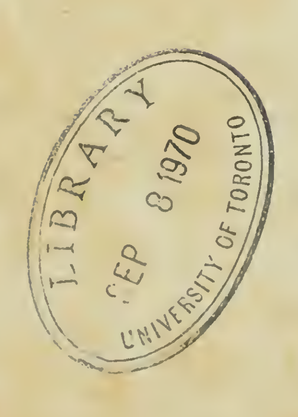


BUENOS AIRES

Imprenta RURAL, calle de Belgrano números 133 y 135

1875

F
2844
B6 A4?
1875
LIBRARY
OCT 21 1968



CARTA DE SARMIENTO

Sr. D. Mariano Varela.

MI ESTIMADO AMIGO:

Veo con sentimiento al Redactor de su diario empeñado en una polémica absurda, é inútil para probar que yo no redacto "La Tribuna".

Creo necesario desvanecer ante el público el error á que quiere un mal intencionado arrastrarlo, asegurando que no he sido nunca, que no soy Redactor de "La Tribuna". Mas todavia, que ignoro quien lo sea, pues habiéndolo visto á V. gravemente enfermo estos dias, me persuado que no es V. como yo lo creia, el Redactor principal.

Si alguna vez me hubiera resuelto á aceptar su redaccion, habria sido ahora que ha entrado de lleno en el sendero que la prensa de todos los países libres y cultos lleva, prestando su apoyo moral á las autoridades, sin ser el panegirista de los que desempeñan funciones públicas, y resistiendo con abnegacion á las provocaciones de la parte de la prensa, que con felicidad llama "La Tribuna", la prensa brava. No diré que siempre son acertadas sus observaciones; pero al leerlas, el ánimo se reposa y tranquiliza en medio de la algazara de imputaciones, denuestos é invenciones, en lenguaje furibundo que tan en voga está hoy. *La Tribuna*, decia un norte-americano es de otra escuela, que los demas diarios. Va bien. Vuelvo sin mas exordio al objeto de esta carta. Su redactor, temiendo sin duda por no estar en antecedentes, ser desmentido, ha dejado creer que yo he escrito un *suelto* contra *D. Bartolo*, segun dice el redactor de la *Libertad* D. Manuel Bilbao haberlo visto confesado en una carta mia.

¿Quién me persuadirá á mí mismo, de haber escrito lo

No seria estraño que alguna vez no estuviésemos de acuerdo; pero no me parece que yo lo haya combatido sériamente, porque no habrá mucho de serio en aquellas elucubraciones de un jóven bien intencionado, un poco iluso, religioso por organizacion, aunque no en el sentido de nuestra Santa Madre Iglesia, pues lo escomulgó el arzobispo.

Me visitaba en Chile, y aquí nos vimos, aun despues de un juicio que le promoví por ofensas gratuitas en la prensa, como partidario y sostenedor de Urquiza que era él á causa de un negocio de estancia en el Entre-Rios, que le habia hecho conocer y tratar al General y recibido buenas impresiones.

Esta es la querella con el finado Bilbao, pero no con D. Manuel, que ni en Chile, ni aquí tenia vela en el entierro. Muerto Bilbao, el escritor, este heredó su nombre, y *escritor me fecil*, y lo tengo á *mes trousses*, hace diez años, y diarista de profesion y al servicio de la *libertad*.

En los Estados Unidos hay el politicastro ambulante que llaman *carpet vags* por el saco de noche de alfombra descolorida en que lleva todo su equipaje y *sus esperanzas*. Donde los negros se sublevan, ahí acuden estos cuervos para *adecentar el mob*, y darle la forma republicana. El equipaje del Bilbao II, se compone de poca cosa, y puede llevarlo en una hoja de cigarillo. *El pueblo*, *el poder*, *los déspotas*, *la libertad*. Con estas cuatro palabras compone su tartina ó artículo diario. Al dia siguiente es el poder, el pueblo, la libertad y los déspotas; al otro, la libertad, *el pueblo*, *los déspotas y el poder*. Hoy de un modo; mañana de otro modo; en seguida de otro modo, y despues del primer modo, mas tarde de dos modos, de modo y medio; de mil modos, y últimamente de ningun modo, y los suscritores llueven, y el negocio florece. La *revolucíon* es el término, el objetivo de sus tareas, y ya se ha visto en esos dias como ha dado al diablo por no haber el *pueblo* (él) visto las instrucciones militares del Presidente, el dia que ellos mataron seis pobres vecinos, y no las tropas ni la policia, por no haber tenido esa *banderita*, para una revolucion, para la revolucion que lleva en su saco de noche, siempre, aplicable á todos los casos, al Ejecutivo, al Congreso, á la Policia, al Juez de Paz, al Arzobispo, al Rector de la Universidad, etc., etc.

Fué el génio inspirador de Arredondo su mortal enemigo á quien indujo á reconciliarse con Mitre, como él se habia reconciliado, desde que pispó que por ahi podria esperarse una revolucioncita. Era el depositario de las cartas del

Presidente á Arredondo y hacia tiempo que enseñaba á otros diaristas, la punta de la mas negra, aquella en que le aconsejaba aplicar á los salteadores de camino y de la correspondencia del ejército las penas civiles y militares, que tiene el salteador, ó el que interrumpe á mano armada y sin ser militar las comunicaciones del ejército en campaña. Quizá hable sériamente de este desaguisado otra vez, pues que el tal don Manuelito (como si dijéramos don Faustino) que es muy bravo, no se puede hablar de sangre que no sea la de los *grandes criminales*, la mia por ejemplo. Es en fin el fiscal que ha nombrado el ladron para perseguir al Juez. «Que con su pan se lo coma,» mi viejo desahogo en otras tribulaciones, como esta.

Pero ya que tengo las manos en la masa, diré todo lo que hay tapado en esta mision providencial de don Manuel Bilbao. Una ilustrada señora chilena que visitó estas playas hace poco, y que en Chile perteneció al partido exaltado liberal, oyendo murmurar alguno aquí sobre las medidas que el Presidente tomaba para sofocar á la revolucion, no tiene V. razon le dijo: Sarmiento ha sido conservador siempre: lo era en Chile y veo que es el mismo que nosotros conocimos.

A otro que se escedia en elogios, le repuso: Sarmiento es una gloria chilena y no de Vdes. De allá vino el hombre formado: se educó con nosotros, sus buenos escritos y sus principales libros son chilenos, etc.

Este lenguage muestra el cambio de opiniones que con el tiempo ha esperimentado el partido á quien tuve por adversario en Chile. Hoy son mis amigos Vicuña Makenna, Lastarria y cien corifeos de partido contrario, y no recibo un telégrama ni una carta de Chile que no sea para felicitarme unos para invitarme con instancia que vaya á reposarme de mis pasadas fatigas en mis cordiales y numerosos amigos de todos los partidos.

Don Manuel Bilbao, oscuro y desconocido en su país, antes y ahora, salió niño, y muchacho insignificante, no teniendo en verdad que hacer allí, y como á todos los emigrados ó ausentes por largos años, le sucede que nada ha aprendido, ni nada ha olvidado, y sigue haciendo desde aquí la guerra á la politica de D. Manuel Montt, que dejó de ser Presidente hace la miseria de doce á catorce años, y es presidente de la Córte Suprema y el partido que fué de oposicion y que gobierna hoy, le ha perdonado ya el estraño, peregrino é inaudito delito de haber fundado un gobierno

regular en América acabando con la mania revolucionaria, y elevado el país al lugar que ocupa en Europa, considerado Chile como la República modelo, que ya empezaba la nuestra tambien á serlo, hasta que la mona vestida de dama, se trepó á un arbol, y mostró que era mono "singeant" la Republica constituida, con la revolucion del otro dia, de que Bilbao era uno de los resortes mas robustos.

Yo era el sostenedor de la política Montt en su primer período, que fué el mas árduo, como que tenia que luchar con ese espíritu revolucionario, de que Bilbao ha qnedado el único representante *fósil* en Chile: la revolucion porque estornudó el Presidente, la revolucion porque un camino está intransitable, y otras causas así.

Ahora contaré en breves palabras para los jóvenes. pues esto ocurria ahora treinta y mas años, cual fué mi conducta política en Chile. Al salir perseguido por la mashorca de San Juan escribí en unos baños, *on ne tue point les idees.* Llegado á Chile mas oscuro, mas desconocido que D. Manuel Bilbao lo es en su patria escribí algo, que por casualidad, (el burro flautista!) resultó que era una gran cosa. D. Andrés Bello decia: «Es algo nuevo en Chile, estilo, ideas, todo encierra una revolucion. No es de aquí el que esto há escrito: no parece argentino por el lenguaje, no es español por la materia del artículo».

Permitido sea á un viejo recordar con orgullo su aparicion en la prensa, recibido con salvas por todos los partidos. No adulaba las pasiones locales; por el contrario era con motivo de la batalla de Chacabuco, enrostrándoles su injusticia con San Martin. Fuese que la reaccion venia haciéndose en los espíritus, sea que este patético *recorderis*, despertó los buenos sentimientos que dormian, el Congreso repuso á San Martin á la cabeza de la lista militar, abonándole desde entonces sueldo de Capitan General.

Para la política militante el articulillo tuvo otro efecto. Sabido al fin quien era el que habia hecho la averia, un tal Sarmiento, decian, emigrado argentino, el tal recibió una comision del partido liberal, compuesto de D. Félix Vicuña, padre del hoy intendente de Santiago, Vicuña Mackenna mi honorable amigo y antes mi enemigo político, y el para nosotros venerando argentino General Las Heras, á pedirme que me pusiese como liberal enemigo de gobiernos tiránicos ó cosa parecida, al frente de la prensa liberal de Chile en las próximas elecciones de Presidente. Me cederian la imprenta del Sr. Vicuña, me asegurarian 800 suscritores, etc,

etc. Pedí ocho dias para responder á fin de darme tiempo á estudiar las cuestiones chilenas.

No sé donde he dicho que los escritores mismos no conocen la filiacion de sus propias ideas. Yo fuí educado por un sacerdote liberal, adversario de Rivadavia. Cuando empecé (y eso muy temprano, á los 17 años) á tener opiniones, que yo era rivadavista como decimos ahora. Por qué? No sé; pero al ver las hordas de Facundo Quiroga en San Juan, dos ideas nacieron en mi espíritu. El PUEBLO, estos barbaros, es preciso educarlos. "no saben lo que hacen". Rivadavia ha sido un tonto en renunciar debiendo hacer él en el gobierno y con el gobierno lo que estan haciendo los nacionalistas por medio de revoluciones y guerra civil. *Mas educacion* y mas *gobierno*, es lo que necesitamos, y apelo al testimonio de la historia, que ya está escrita á este respecto. He trabajado toda mi vida por difundir la educacion y no hecho reduccion ninguna habiendo aceptado si las que ya estaban consumadas. Me fuí de Buenos Aires, me desterré á mí mismo antes de la del 11 de Setiembre previéndola y viéndola venir porque no veia claro, y temia que fuese para empeorar la situacion. D. Juan Bautista Alberdi dará un dia testimonio sincero de la conferencia de seis horas que tuve con él en Chile al desembarcar despues de Caseros, D. Manuel Montt lo dará de carta que le escribí desde Motevideo anunciándole, que despues de la batalla en que infaliblemente derrotariamos á Rosas, me volveria á Chile, porque no veia como «hacer patria con Urquiza que ya mostraba las orejas,» en prueba de ello mi muger me estaba aguardando en Valparaiso.

Volvamos á Chile. Otra Comision de parte del Presidente da la República me pedia una conferencia con D. Manuel Montt su ministro. Eramos jóvenes ambos, simpático en su trato él, pobre como yo, provinciano, se habia elevado por su carácter y conocimientos de copista en el Instituto á bedel, de bedel á secretario, de secretario á Rector de la Universidad, de allí pasado á oficial mayor, y de esto á ministro. Me dijo por toda introducion: las ideas liberales no tienen patria señor, y el gobierno de Chile ama la libertad y quiere establecerla sólidamente; pero quiere que haya órden é instituciones sin revueltas, sin motines; y cree poder contar con V. para las eleciones de Presidente que se acercan. D. Manuel como Rector habia introducido el derecho romano en los estudios.

Creí encontrar mi hombre, como el encontró él suyo para

la prensa, y abundé en el mismo órden de ideas, poniendo por condicion consagrarnos á difundir la educacion, lo que cumplimos ambos.

Cuasi se cayó de espaldas, el venerable Las Heras, cuando volviendo por mi respuesta, le dije que mi partido estaba tomado. El estaba dado de baja y era del partido contrario al gobierno.

Nos echamos en filas contrarias, lo que no estorbó que me honrase hasta su muerte con la mas cordial amistad.

Y pusimos mano á la obra con D. Manuel, no con este Manuel que anda como bola sin manija por aquí sinó con aquel que venciendo dificultades sobrehumanas, apagó el fuego revolucionario, fundó el gobierno estable con que gobiernan hoy sus oponentes de entonces, morijeró la prensa tan brava allá como aquí, y que hoy es un modelo de cultura, hasta de gusto literario, siendo tan libre como la que mas, mientras nosotros vamos todavia por el padre Castañeda, el *Diablo Rosado*, el *Mártir ó libre* y *L'ami du peuple* de Marat, que redacta D. Manuel Bilbao contra todo bicho que ejerza el *Poder*, porque él no es enemigo ni lo fué de Mitre á quien sacaba el cuero, ni del viejo Alsina cuando resistia al General Urquiza, sino del *Poder*, de la corte, como en tiempo de Luis XVI, del Gobierno sea quien sea el que gobierne, todo en nombre del *pueblo*, por el pueblo y para el pueblo, es decir para Bilbao y sus tres amigos.

Cuando hubimos ganado las eleciones en 1842 en Chile y dádome el parabien el *Valdiviano Federal* redactado por un anciano ilustre de haber conseguido el triunfo en la prensa, con copia mayor de luces, mejores principios que los adversarios y sin ofensa de nadie; pues tenia apostado un pavo á ciertos liberales á que les ganaba, y me lo pagaron en un banquete; despues de todo esto me presenté un dia al triunfante ministro, de chaqueta de viage para anunciarle que me volvia á mi patria, acercándose Madrid á Mendoza y debiendo darse una batalla. Inútil decir las palabras que mediaron, yo seguí mi camino y mi propósito, sin cuidarme de la buena posicion qne abandonaba.

Vine en efecto, encontré derrotado á Madrid, salvé de helarse á los dispersos en la cordillera con unos ciento cincuenta presos que era todo mi peculio, pagados estos por el hoy General Vega, pues los treinta dineros con que habia sido comprado segun era fama por el gobierno trescientos pesos en tres meses de redaccion!

Volví por necesidad á Chile, y el Sr. Montt me hizo decir

que me ocupase de la educacion popular, con lo que creé la Escuela Normal etc., como teniamos hablado. En 1850 se repitió la misma escena. Habiendo sido nombrado Presidente, Montt, no sin mi cooperacion, saliendo de la casa del Consulado, me detuvo yendo yo á caballo y me dijo: "Escepto Presidente, será vd. en Chile lo que quiera ser. Tome carta de ciudadania. Gracias, le contesté, necesito tres meses, Urquiza está por declararse....

Me interrumpió con disgusto, esclamando, un hombre viejo ya, cargado de familia que no se le asienta todavia el juicio!»...

Yo me vine á juntarme con Urquiza para acabar con la tirania; y el lector que estima por lo menos la sinceridad proverbial de mis actos y palabras. juzgará si motivos dañados ó interesados siquiera me hicieron servir y apoyar y hacer triunfar la política tiránica segun D. Manuel Bilbao del déspota Montt que vive tranquilo y respetado en Chile administrando justicia, como no quiere dejarme vivir en mi país Bilbao ladrándome y mordiéndome los talones todos los dias.

Por caridad D. Manuel deje de ser mal criado; y fastidioso. ¡Desde cuando ha creido, que yo soy una propiedad suya, y mi reposo, mi honra, mi reputacion han de estar á su merced, sin trégua. Vaya á Chile á combatir á Montt que era el mas déspota de los dos, que ya me ha fustigado bastante! Estoy correjido, creámelo, de mis pecados de ahora treinta años y haciendo penitencia en mi Hermanita de la Isla, á donde me vá á perseguir,

Necesitaba dar esta esplicacion del ódio D. Manuel Bilbao, y como segun él solicito ser Senador y General á la víspera de reunirse el Congreso, hago estas salvedades, á fin de que ofendido, irritado D. Manuelito (que así le llamo para que mas exalte su bilis,) vomite todo el torrente de injurias que lo ahoga, me haga una vida de su amaño, por aquello de que el mentir de las estrellas es muy seguro mentir, y puede contar mis fechorias de ahora treinta años en Chile, cuando él era niño de teta, ó pilluelo de aquellos que preceden la música en las bandas, ó corren á tomar en los fuegos del 18, el cabo de un cohete volador que cae estinguido, pues es esta la funcion que ejerce en nuestra prensa; marchar adelante de la música de algun batallon que se subleva ó recojer los cartuchos vacios de alguna revolucion chingada. Estos muchachos guapos son *el pueblo* de Bilbao.

Viva *el pueblo* Bilbao! Mueran los despotas! Que el ultimo

déspota del mundo, ande con espuelas de fuego, sobre un universo de pólvora para su castigo eterno!

Bilbao estará siempre, créanselo, por la libertad contra el poder! Yo me voy para Zárate, amigo Bilbao y no le he de contestar nunca. No es para Bilbao que he de tomar la redaccion de la *Tribuna*, que me forzarán á tomar un dia.

Domingo F. Sarmiento.

CARTAS DE BILBAO

PRIMERA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento:

Al llegar ayer del campo, me he encontrado con una carta de vd., publicada en «La Tribuna» del 26 del corriente, consagrada esclusivamente á atacar á mi hermano Francisco (de paso), y á mi directa y detenidamente.

Al concluir su carta dice: «Me voy para Zárate, amigo Bilbao, y no le he de contestar nunca.»

Zárate está muy próximo. Allí le he de dirijir lo que le conteste; porque estoy seguro que le he de obligar á quebrantar su resolucion.

Basta que vd. asegure una cosa para que haga otra. Esa es la regla de su vida: una entera contradiccion entre sus palabras y sus hechos.

Nada de bílis, nada de personalidades. En ese terreno ha sido vd. siempre un poder. Declamando por moralizar la prensa, vd. ha sido el escándalo en Chile y en su patria. Bastaria recordarle el libro voluminoso á que dió lugar en 1847, en su polémica con el coronel Godoy, y que lleva por título «Yo y Sarmiento.»

Bastaria recordar sus polémicas con Calvo y otros en ésta.

En ese terreno está su fuerte.

Pero cuando se encuentra vd. con personas que le abandonan ese puesto, en que el lodo alimenta á los que en él se colocan, le tiene que suceder lo que le pasó con Alberdi: meter violin en bolsa y marcharse para Zárate á esperar

un estado de sitio para salir á campear por su cuenta, seguro de que nadie podrá contestarle.

Ahora no. Sin irritacion, repetando su persona como hombre privado, ha de tener que oirme: y han de tener que oirnos, para que de una vez caiga la máscara del sabio, del constitucionalista, del guerrero y aparezca éste en su verdadero rol ¿Sabe vd. cuál es ese rol? Lo va á deducir de lo que estas cartas dirán.

Sí, amigo Sarmiento, lo va vd. á deducir con facilidad. Y perdone lo trate de amigo, porque quiero en ello corresponder al tono jovial con que me trata.

Antes de todo, me va á permitir traiga á comparacion el rol de vd. y el rol de Francisco Bilbao, como el de su atento servidor, en la vida pública de América.

No estrañe esta comparacion. El escritor disparatado (Francisco Bilbao), y el saltimbanqui de la prensa, (ese soy yó), como nos califica vd., pueden compararse en contraposicion con el hombre que deslumbró á Bello, conquistó á Montt, fué el Eneas disputado por los partidos de Chile; con el hombre que atrajo la atencion de la Europa, de los publicistas norte-americanos, llegó á ser presidente de este país y ha quedado como el mas sabio desde la muerte del Dr. Velez.

Pueden compararse, Sr. Sarmiento, mal que á vd. le pese, y lo va á ver. De este modo podrá vd. continuar escribiendo desde Zárate; porque tal vez me considere digno de una polémica con vd.

¿Cuál ha sido el rol político de vd. Sr. Sarmiento, en su país y en Chile?

En Chile y en la República Argentina no ha desempeñado otro rol que el siguiente: vivir del tesoro público, defendiendo allá el patíbulo para causas políticas, y acá sosteniendo el patíbulo como sistema administrativo.

En Chile se pone al servicio del gobierno por cien pesos fuertes mensuales en 1847, y combate allí al partido liberal en que figuraba el general Las Heras, porque este partido solo le ofrecia suscritores para fundar un diario. (Hecho confesado en la carta á la cual contestamos).

Vd. habia ido de San Juan, gritando contra la tiranía de Rosas, y en Chile se pone al servicio de los pelucones que mantenian el feudalismo como sociabilidad y se apoyaban en el ejército y el clero, como en la sociedad colonial.

Vd. en 1850 y 1851 sigue apoyando ese poder, defendiendo las mazhorcadas dadas por el ejército á las sociedades po-

pulares de oposicion, y se presenta armado hasta los dientes al lado de Montt, el 20 de Abril de ese año, cuando la revolucion estallaba en las calles de Santiago; para defender al siguiente dia las facultades estraordinarias, los destierros y las ejecuciones militares.

¿Cuál es el rol de los Bilbao, como vd. los llama, en Chile? Y nos limitamos á esas épocas, porque desde la última fuimos condenados á muerte y salimos del país para no volver mas.

En Chile como en la República Argentina, vivir del trabajo personal é independiente, sin haber sido jamás un mosquito del tesoro público; combatiendo en todas partes por convicciones propias, del lado siempre de los oprimidos, jamás de agentes de los verdugos ó de los opresores.

Francisco Bilbao, á quien vd. alentaba en sus escritos cuando recien tenia 20 años, fué el mismo que escribió su primer ensayo «Sociabilidad Chilena,» trabajo que mereció de E. Quinet, en su obra «El Cristianismo y la Revolucion francesa» la siguiente mencion:

«Tengo á mi vista un escrito lleno de elevacion y de lógica acerca de las relaciones de la iglesia y del Estado de Chile, la *Sociabilidad Chilena*, por Francisco Bilbao. Este escrito ha sido condenado como herético por los tribunales de Chile. Sin embargo, esas páginas demuestran que á pesar de las trabas, se principia á pensar con fuerza del otro lado de las Cordilleras. El *bautismo de la palabra nueva*, hé aquí las palabras que han debido asombrar al encontrarse en un folleto escrito en los confines de las Pampas.»

En esta obra á la cual llama vd. «obra anti-social, y herética, un poco disparatada.» Allá va un juicio por otro. Seguramente vd. debe creerse superior á Quinet y esto le hará despreciar ese juicio.

Comprendo el desprecio que ahora manifiesta por ese trabajo, porque así se pone en guardia contra el ataque que mereció su conducta de entónces.

Francisco Bilbao se habia marchado á Europa, á consecuencia de ese escrito. Sublevadas en su contra las preocupaciones, el fanatismo, los poderes políticos, abandonado de sus amigos por temor; condenado á no tener destino alguno ni á que se le consintiese enseñar ni educarse, tuvo que irse á Europa.—Era el momento en que los amigos se prueban. Sarmiento tenia con el Dr. Lopez un Colegio: *el Liceo*, en el cual enseñaba metafísica F. Bilbao.—Los padres de familia se apresusaron á sacar sus hijos de allí, por el contagio que podia haber dejado el hereje.

¿Qué hizo vd. señor Sarmiento en esa situacion? Lo de siempre. Abandonó al amigo, al perseguido y se puso del lado de los perseguidores, sea por salvar el Liceo, sea por el instinto de apurar las agonias del sacrificado. Fué entónces que escribió contra Francisco Bilbao.

Lo estraño en vd. habria sido lo contrario. Bilbao era pobre, estaba perseguido. ¿Qué cosa mas natural que ponerse del lado de la fortuna para ultimar un á hombre que se habia atrevido á llamar la atencion por la defensa de los principios liberales?

Pues en ese entónces, Sr. D. Faustino, yo, que era un muchacho, recuerdo bien, bajo mi firma tuve que atacar á vd. por su conducta cobarde y desleal; y desde entónces supo vd. que existia este D. Manuel, á quien hoy desconoce, porque en ese entónces (1845), vd. le contestó por la prensa disculpando su conducta.

¿Qué desgracia persigue á vd. que no ha de poder decir una sola verdad en su vida?

En 1847, F. Bilbao seguia en Europa. Quedaba en Chile Don Manuelito, como vd. le llamaba.—Vd. sostenia la reeleccion de Bulnes por 100 fuertes al mes (confesion de parte). Yo tenia un puesto subalterno é insignificante. Era estudiante de lejislacion. Pues en ese puesto recibí el primer bautismo de las persecuciones. Fuí encarcelado durante seis meses (porque escribia), juzgado por consejo de guerra (como le gusta á vd.) y desterrado al Perú.

Cuál seria el despotismo en Chile, el gobierno al cual defendia vd., cuando hasta los niños del colegio eran juzgados por consejos de guerra y desterrados!

En 1850 y 1851 ya estaba de regreso F. Bilbao. Su rol ha quedado bien diseñado en Chile; al estremo que aquel pueblo se ocupa en levantarle una estátua al presente. El mismo estado de despotismo. Las facultades estraordinarias como réjimen. Chile se subleva en masa. En cada pueblo una revolucion. La batalla de Longomila, célebre en la América por haber quedado los ejércitos reducidos á ménos de la mitad despues de ocho horas de combate, deja al país en poder de Montt—Seis mil cadáveres sirven de escalones á ese presidente.

Es á ese gobernante al cual vd. Sr. Sarmiento servia y defendia. ¿Y cómo nó? ¿No se trataba de fusilar pueblos? ¿No se trataba de combatir las libertades del pueblo?—Vd. habia recibido ántes de ese gobierno algunos miles de fuertes para viajar en busca de métodos de enseñanza. Se trataba ademas de servir un despotismo.

En esa jornada los Bilbao fueron sentenciados á muerte, por haberse batido en Santiago y en el Norte, y desde entónces no pudieron volver á su patria porque Montt gobernó diez años y mantuvo la prescripcion.

¿Cómo estraña vd. que le háyamos combatido en Chile, cuando vd. era el defensor de los que encadenaban á aquel país, lo anegaban en sangre, cuando nosotros militábamos en las filas de los que defendian sus derechos?

El rol de vd. en Chile fué el del escritor asalariado al servicio del despotismo y del patíbulo político.

El rol de F. Bilbao, y el mío en segunda escala, fué el de combatir ese despotismo y ese patíbulo alzado allí durante diez años.

Los Bilbao, Sr. D. Faustino, perdieron su patria por esas persecuciones. No salieron á buscar aventuras. Tuvieron que buscar su subsistencia en otros países, trabajando y siguiendo lójicos con sus principios y convicciones, sin acercarse á los gobernantes para vender su alma por cien fuertes al mes.

Han preferido la pobreza, han corrido los peligros y persecuciones de los pueblos en donde han estado, han salvado su honor.

¿Puede vd. decir cosa parecida cuando ya se acerca al sepulcro?

Vd. es de la escuela de los Rodeski que aun al morir, ha de preguntar si ha caido algun hombre de bien para espirar contento.

Emigrados en el Perú, los Bilbao sostuvieron al pueblo de Lima en su grandiosa revolucion del 53. Fueron desterrados, encarcelados, por haber desechado las ofertas de Echenique, cuando no tenian ni con qué pagar sus alimentos. Fueron algo mas, (y esto lo verá vd. en las publicaciones peruanas), los que el 5 de Enero de 1854 se pusieron al frente del pueblo de Lima y se apoderaron de esa ciudad, completando la caida de Echenique.

Tan pronto como la revolucion triunfó y fué convocada una Convencion, F. Bilbao dijo al país: es necesario que esta vez el pueblo saque las ventajas consiguientes á sus sacrificios, que forme sus instituciones y conquiste sus libertades.

Siguiendo ese propósito, escribió sobre la necesidad de abolir el catolicismo como religion de Estado, Libertad de Cultos.

Sus escritos produjeron conmocion social. El clero le hizo

acusar por conducto del fiscal Villagran. Fué puesto en la cárcel de la Inquisicion. A los dos dias fué puesto en libertad por autos de la Suprema Córte, y de allí tuvo que irse á Europa.

La Tribuna ha dicho que fué el general Castilla quien le puso preso.—Castilla nada tenia que hacer con el Poder Judicial. Castilla en persona fué el que dió pasos para que F. Bilbao saliese en libertad. No podia mezclarse en las funciones de los tribunales. Ese bárbaro, como lo llama vd., respetó siempre la independencia del Poder Judicial.

Sirva esto de rectificacion á lo que se dijo por «La Tribuna,» seguramente inspirada por vd. Sr. Sarmiento, que se ha propuesto no solo falsear siempre los hechos sinó inducir á otros á que se eduquen en la escuela de la mentira.

Miéntras F. Bilbao continuaba así su propaganda en el destierro, ¿Vd. qué hacía? Se habia venido á Montevideo á buscar su incorporacion al ejército de Caseros.—Pide ser agregado al batallon mandado por el valiente coronel Lezica.—La conducta de vd. en ese cuerpo está consignada en un informe del espresado coronel, que por cierto le hace bien poco honor como aspirante á general.

Prefirió el cómodo papel de redactar el Boletin del Ejército, por cuyo desempeño reclamó despues el empleo de teniente coronel.

Triunfa ese ejército. Vd. entra á Buenos Aires. Era el momento de la reconstruccion, el momento supremo, el momento en que se iba á decidir de la suerte de este país.

Urquiza intenta reemplazar á Rosas, segun vd. Se ve venir un depotismo. Se prepara la resistencia á ese poder. ¿ Qué hace vd ? Huye á Chile abandonando á sus amigos en el peligro, temiendo que hubiese una revolucion popular que espusiera su persona. (Esto lo confiesa en su carta). No se atreve á combatir al que miraba como déspota. Deja que otros hagan para ver el resultado y segun él determinar su conducta.

En efecto, tiene lugar la revolucion del 11 de Setiembre, contra la opinion de vd. Triunfa, y entónces se presenta en Buenos Aires reclamando un puesto entre los vencedores.

Mientras F. Bilbao combatia por sus ideas, esponiendo su vida ; vd. huia del teatro del combate y se iba á esperar el resultado á quinientas leguas del lugar de la batalla.

No puede negarse qne vd. ha sido siempre un general precavido.

Pero en lo que superaba vd. á F. Bilbao era en lo que

nadie encontró en él. En esa audacia sin ejemplo para apropiarse la obra de otros y salir de héroe en los peligros que no habia ni vislumbrado

Militar y publicista mas prominente no encontrarán los que estudien la historia.

Combatiendo desde la edad de 19 años, tiene siempre la suerte de no encontrarse en combate alguno.

Se afilia de capitan para combatir á Quiroga, y es derrotada su compañia antes de que el enemigo se presente.

Se va á Chile y allí sabe que La Madrid entraba á Mendoza con un ejército, y en el acto se pone en marcha; pero le sucede que al subir los Andes se encuentra con los derrotados unitarios y se regresa volando.

Para que en su vida pueda ser tenido por verídico, dice, que su presencia sirvió para salvar de la nieve á los derrotados. Quien los salvó fueron los vecinos de San Felipe, que volaron con arrias de mulas y víveres á socorrer á esos desgraciados.—Su único rol fué volar á pedir auxilio. ¿ Tambien quiere apropiarse esos socorros, cuando no llevaba consigo mas que su persona, un arriero, dos petacas y un almofrés?

Era desgraciado para encontrar donde lucir su latona. Pero en cambio cambió el sable por la pluma, y en ese terreno la emprendió crudamente contra Rosas, Cordillera de por medio, y no sin asegurarse su no estradicion del gobierno de Chile.

El único peligro que pudo correr en esa cruzada lo delegó vd. en el Dr. Bedoya, D. Elias. A este le tocó el afrontar las persecuciones de Rosas en Chile, porque se atrevió á obrar.

Vd. no debe haberlo olvidado. Si hasta entónces no habia dado pruebas de su espíritu guerrero, tuvo el arrojo que nadie ha tenido y al cual la República Argentina debe estarle reconocida. Por combatir á Rosas vd. combatia á su pátria. Llamó contra ella la coalicion de la Europa. Eso era poco Vd. escribió y sostuvo que el Estrecho de Magallanes, disputado por su pátria como territorio argentino, era territorio chileno, sin que nadie se lo pidiese.

Pero era campaña digna de vd.

Nos apartábamos de sus méritos guerreros.

La ocasion de combatir volvia á presentársele al incorporarse al ejército de Urquiza.—Entónces su rol fué el hacer boletines por cuya causa no se encontró en el combate, viéndose obligado á presenciarlo á prudente distancia, para poder despues declararse vencedor.

Ya se ha visto lo que vd. hizo para la revolucion del 11 de Setiembre.

De regreso nuevamente á Buenos Aires, se abalanza á la prensa, y desde allí consigue ponerse por delante de los revolucionarios contra Urquiza.—Es escritor, diputado, municipal y hasta ministro.

En esta posicion se encontraba vd. cuando F. Bilbao llegó á Buenos Aires.

¿ Cuál es el rol de ambos en este país?

Esto se lo recordaré en la próxima carta, para que queden bien definidas las personalidades; pues me es necesario ese recuerdo antes de pasar á la refutacion de las aserciones de su carta, escrita con bilis en vez de tinta, y para demostrarle la triste gloria que se propuso conquistar haciéndose célebre por sus estravagancias como por su amor á los patíbulos.

Por hoy ni tiempo ni lugar tengo para mas.

Buenos Aires, Abril 26 de 1875.

MANUEL BILBAO.

SEGUNDA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento:

Tienen que agradar á vd. las reminiscencias; porque ellas hacen espectable su persona, aunque sea en los roles mas repugnantes.

Lo que vd. quiere es que su nombre se repita. La celebridad se conquista de todos modos.

Estas reminiscencias, sinó fuera por encontrarse de por medio el nombre de F. Bilbao, esté vd. seguro que no habrian venido al debate.

Pero vd. que nada respeta, que todo lo invade, que lucha y trabaja desde su juventud por enlodar las reputaciones acrisoladas, por sumerjir los actos puros de los hombres de bien; vd. obliga á fustigaciones merecidas por mas repugnante que sea el recordar su pasado, sus miserias, su inmensa fatuidad; porque solo á ese precio puede imponerse silencio al calumniador de profesion y al desgraciado que

se ha empeñado en mancillar la virtud para nivelar al mundo á su estatura.

F. Bilbao vino á Buenos Aires en 1857. Esta provincia se encontraba separada de la Confederacion. Las provincias con la Constitucion de 1853 que establecia el réjimen federal, y Buenos Aires constituido en republiqueta con su Constitucion de 1854.

Estudió la situacion, se penetró de lo que pasaba. Se debatia la eleccion de gobernador. La lucha era de pequeñas pasiones. La atmósfera era estrecha y raquítica.—No se afilió en esos partidos locales.—Fijó su mirada en algo de grande: la sociedad estaba dominada por el dogmatismo católico. La causa política la encontró en la incorporacion de Buenos Aires á la Confederacion.

Para servir sus ideas fundó « La Revista del Nuevo Mundo, » y allí alzó como bandera social la reforma de las ideas proclamando la soberanía de la razon como autoridad de autoridades, y la union nacional como bandera de política nacional.

Al terminar ese año cesó « La Revista » y se encargó de la redaccion del « Orden, » que dejó cuando el propietario del diario se negó á publicarle un artículo: « El conflicto relijioso. »

Obrero infatigable se alistó en el Club Literario, y allí abrió las tareas con el discurso *La Ley de la historia*, que sin pasion alguna ha sido calificado de obra maestra, por los hombres que han tenido elevacion y corazon para no dejarse asaltar por la envidia que solo es patrimonio de las almas pequeñas, Sr. D. Faustino. Organizaba nn club racionalista, se alistaba en la masoneria y en estos trabajos creia cumplir su mision.

Urquiza le escribió en esos momentos, pidiéndole una entrevista, F. Bilbao le contestó que sinó se trataba de alguna gran cuestion á resolver, no iria.—Urquiza le contestó que se trataba de una gran cuestion.

Fué á San José. Allí le dijo el general que se proponia realizar la union nacional, que no tenia ambicion personal, que participaba de sus ideas, y qne á mas de considerarle un sostenedor de la nacionalidad era su admirador.

F. Bilbao regresó á Buenos Aires creyendo en la palabra de Urquiza. Se acercaba el momento de la accion. Le fué necesario trasladarse al Paraná. Allí redactó « El Nacional Argentino, » levantando la bandera de la incorporacion de Buenos Aires.

Vino la guerra con ese motivo. La batalla de Cepeda trae al ejército de la Confederacion á las puertas de Buenos Aires. Allí se celebró el pacto de Noviembre, por el cual Buenos Aires se comprometia á entrar en la Confederacion, prévia la revisacion de la Constitucion del 53.

Triunfó la unidad nacional. F. Bilbao es objeto de manifestaciones populares; pero postrado por la enfermedad que le llevó al sepulcro, se retiró á la vida privada á atender su salud.

No volvió á mezclarse en la política. Vió pasar ante sus ojos los sucesos que terminaron en Pavon; y desengañado del general Urquiza, se arrepintió de haber defendido al que le habia engañado.

Con motivo de una polémica posterior entre *La Nacion* y F. Bilbao, aquella le echó en cara haber defendido á Urquiza, y este contestó en *El Pueblo* de Julio de 1864: «La parte que he tomado en la prensa relativa á la política argentina, decia, ha sido particular y especialmente consagrada á la integridad nacional. En esta cuestion trascendental he triunfado. Pero en la série de acontecimientos, un fenómeno estraordinario se ha presentado. El Urquiza de Caseros y primer presidente constitucional de la Confederacion, era para mí, estranjero recien llegado, un héroe argentino, y para don B. Mitre, segun sus propias palabras, un caudillo de salvajes. El estranjero y el mundo lo conoció de una manera indudable despues de la batalla de Pavon. Qué ha resueltado? El estranjero lo despreció y Mitre le llama su querido amigo.»

Vd. dice, Sr. Sarmiento, que se visitaba con F. Bilbao, «aun despues de un juicio que le promovió por ofensas gratuitas en la prensa, como partidario y sostenedor de la de Urquiza que era *á causa de un negocio de estancia en el Entre-Rios*, que le habia hecho conocer y tratar al general, y recibido buenas impresiones.»

Se necesitaba ser vd. para levantar la calumnia al grado que la ha levantado, contra un hombre respetado y contra el cual nadie habia osado arrojar una sombra. Permítame que en esta vez le califique con una santa indignacion de miserable calumniador.

Ya dejo á vd. esplicado el rol político de F. Bilbao en este país, el porqué sostuvo á Urquiza. Se trataba de una bandera, de un principio proclamado por aquel. El interés jamás se mezcló en sus actos.—Miéntras redactaba «El Orden», Urquiza ordenó á uno de sus agentes subvencionarle

con 6000 pesos mensuales.—F. Bilbao rechazó la subvencion. El Sr. D. Luis Dominguez es testigo de este hecho.

Eso del negocio de estancia, fué el siguiente:

La familia de Barquin poseia unos campos, 70 leguas en el Entre-Rios. Luis Bilbao y Santiago Arcos arrendaron ese fundo á la testamentaria.

Allí levantaron un caserío de madera y establecieron una fábrica de destilacion.

Era tanta la proteccion que Urquiza dispensaba, que en una noche dada el establecimiento fué incendiado, teniendo que escapar los que lo ocupaban de un malon de intrusos.—Convencidos los herederos de Barquin de la imposibilidad de trabajar esos campos se resolvieron á venderlos á Urquiza. Este los compró por seis mil onzas, cuatro mil en que trataron por su parte los señores Estrada, mil en que vendió la suya Don Ramon Dávila y mil en que vendió la cuarta parte de esa propiedad mi madre, que era su hijuela, por conducto de Luis.—Esta venta tuvo lugar despues de Cepeda, despues que Francisco Bilbao se habia separado de Urquiza, despues que le habia retirado su amistad y cuando se encontraba postrado en Buenos Aires.—Era tal la proteccion de Urquiza, que hubo necesidad de venderle en seis mil onzas, 70 leguas, que seis años despues las vendia aquel á 10,000 fuertes cada una!

¿Pero qué tiene que ver F. Bilbao en este negocio de estancia? Nada, absolutamente nada. En nada interviene, en nada se mezcla. Y sin embargo, vd. Sr. Sarmiento, revolviendo la basura de sus ódios saca de allí una calumnia, sin arredrarle la magnitud de ella; porque allí está su valor, su fuerza, su carrera. ¿Qué le importa el calumniar? En su trabajo de nivelar las figuras respetables á la suya, en esa guerra á cuanto hay de honorable y espectable, para asomar vd. las narices y poder gritar: ¿ aquí estoy yo ? en esa campaña ha contado con algo mas que su coraje, ha contado con el cinismo que hace invulnerable al hombre por su impavidez, condiciones de que vd. se ha jactado, designándola con el nombre de *cáscrra de fierro*.

Obedeciendo á esa regla de conducta falsea tambien la causa de su rompimiento con F. Bilbao, atribnyéndola á injnrias con motivo de que éste sostenia á Urquiza y vd. le atacaba.

Siempre la falta de verdad en todo.

Otra fué la causa de ese rompimiento ó juicio. Se discutia por la prensa la abolicion de la pena de muerte. F. Bilbao

sostenia la abolicion de esa pena. Vd., obedeciendo á sus instintos natnrales, combatia esa propaganda, defendiendo la conveniencia del patíbulo. En el curso de esa polémica, F. Bilbao replicó á uno de sus escritos con un artículo títulado *Sarmiento y el Patíbulo.* Fué ese escrito el que vd. acusó, esponiendo en la introduccion: que vd. era miembro de diez academias científicas y literarias, notablemente conocido en Europa y ambas Américas, autor del primer libro español que dió á conocer á estos países en el Viejo Mundo, etc. etc., para que se apreciase la magnitud de la ofensa en relacion á la fama universal de que gozaba su nombre.

En el primer juicio verbal que vd. tuvo con F. Bilbao, delante del juez, recordará muy bien que tuvo que meter violin en bolsa y salir, poco ménos que á escape, dejando en ese estado la causa.

¿Por qué no la siguió vd? Le salvó su cáscara de fierro.

Ese fué el rol de mi hermano en la República Argentina. Miéntras tanto ¿ cuál era el suyo en esa época?

Sostenia la separacion de Buenos Aires. Pegado al presupuesto, andaba de municipal, convencional, diputado, educacionista, ministro y de guerrero.

Peleándose hoy con la sociedad de Beneficencia, al siguiente dia con la municipalidad, á cada hora con los gallos de mala ralea.—Montado en el periodismo, libraba vd. combates contra Calvo, contra Mur, contra el género humano, convirtiendo la prensa en un fangal tan inmundo de personalidades, que difícilmente recordará Buenos Aires una época semejante.

Esto no le bastaba; necesitaba mas escándalos. La ocasion es calva. Encuentra al Sr. Soto en la calle, y porque lo miraba, le acomete como un changador á mojicones. Recoje allí unos bastonazos y corre á quejarse á la policia, de donde sale reprendido.

Era el mismo de siempre; no escarmentaba. Ya se habia hecho revolcar en Chile acometiendo á Espejo.

Cuánto respeto tenia vd. por su persona! Todo un guerrero, un militar argentino, un aspirante á general haciéndose golpear en las calles para acojerse en la policia.

Hacía mas. Se hizo el tipo del educacionista. La cuestion era civilizacion y barbarie. Vd. era lo primero. Lo segundo el pueblo argentino.

Educar era la solucion del problema. Vd. se encargó de resolverlo como ministro. Manda construir escuelas en los desiertos, entre dos poblaciones vecinas para que acudiesen

de ambas. Se olvidó de poner maestros, de hacer caminos para llegar á ellas—Malgastó caudales, se declaró el inspirado de Dios, los edificios se vinieron al suelo y vd. quedó por el primer educacionista del mundo.

Al mismo tiempo apoyaba su propaganda con libros que daba á luz, copiándose las estadísticas de los diversos estados de la Union, de la Inglaterra, Francia, Prusia y Bélgica, y las comparaba con el estado de la instruccion acá. El pueblo admiraba tanta sabiduria. Eran los tiempos de las tinieblas. — Resultado: reputacion de educacionista, con cuya música ha andado campeando por este mundo.

Al fin, por este lado no iba tan mal. Pero en su rol político era en donde debia vd. inmortarlizarse.

El asesinato de Benavides fué en ese entónces una accion santa.

El asesinato de Virasoro otra accion santa. ¿Recuerda vd. quién aplaudia esos asesinatos en «El Nacional»?

De un momento á otro cambia la pluma por la espada y se va en la espedicion pacificadora contra Peñaloza.

Vd. se incorporó á la columna que mandaba el coronel Rivas. ¿Qué hacia allí? Diariamente instar á Rivas á que se dirigiese á San Juan. No pudiendo inducirlo, recuerde vd. que se empeñó con el comandante Arredondo para que consiguiese de Rivas lo que vd. no habia alcanzado. Recuerde, Sr. Sarmiento, de qué medios se valió para obtener esa resolucion. Quiero ser generoso con vd. esta vez por respetosá la moral.

Llegó á San Juan. Fué el director de la guerra.—Fué el gobernador de San Juan. Como Director de la guerra ordenó al coronel Sandes fusilar á los prisioneros, y fueron fusilados. Como gobernador sostuvo que podia declarar el estado de sitio, lo cual impidió el Dr. Rawson.

He ahí su rol en la época en que, ejercia el opuesto F. Bilbao.

Fácilmente puede vd. comprender que no puede ser juez en esta vida el enemigo de conviciones y actos.

Vd. teniendo por credo político el despotismo en todas sus manifestaciones y el patíbulo como sistema, no ha podido comprender que hubiese quien fuese por organizacion enemigo de toda tirania y del crímen de matar.

Vd. Sr. Sarmiento, que se decide á sostener á Montt por 100 fuertes al mes, y en perspectiva de adelantar en la carrera, que no se separa de los destinos, que hace una profesion el ser sostenido por el tesoro, que mira adelante en las re-

compensas; no ha podido comprender que hubiese un sér humano que prefiriese la pobreza á cualquier transaccion con su conciencia, que fué su abnegacion y amor para con la humanidad.

Por eso su esfuerzo para mansillar reputaciones, desconocer virtudes y no acatar otro mérito que aquel que rinda homenaje á su sabiduria y pericia militar.

Necesitaba dejar refutada, desmentida y pulverizada su calumnia respeto á Francisco Bilbao, ántes de pasar á desmentir y pulverizarlas insolencias y calumnias con que pretende anonadarme.

Nos hemos de entender. Separado de la cuestion lo que no debió profanar el cinismo de un desgraciado, mas fácilmente me será tratar á vd. en adelante, sin irritabilidad, sin bílis y sin pasion; porque entre vivos las cuestiones se aclaran fácilmente.

Respete vd. Sr. Sarmiento, á los muertos, ya que no ha respetado en la vida ni el honor, ni la virtud, ni la moral, ni los sentimientos comunes hasta en los animales.

La época de los grandes fantasmas pasó con la caballeria andante. La época de los grandes farsantes va pasando con la civilizacion moderna.

Buenos Aires, Abril 27 de 1875.

MANUEL BILBAO.

TERCERA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

No sin razon escribió vd. sus *recuerdos de provincia.* Era un tiempo en que su nombre habia desaparecido. Necesitaba hacerlo recordar, y como no habia contra quien emprenderla, acometió á su propia familia.

Entre los defectos que atribuia á sus antepasados, señalaba el de la mentira.

Aceptando su propia confesion, es indudable que pocas veces se ha cumplido mas bien el refran que dice: quien lo hereda no lo hurta.

Una prueba flagrante de ello me ofrece V. en su carta del

26 del corriente. Allí niega haber llamado al general Mitre, *Don Bartolo*. Niega haber empleado la palabra *suelto*, por ser un vicio introducido acá en el idioma. «Quién me persuadirá á mí mismo, interroga, de haber escrito lo que no recuerdo?»

Va vd. á convencerse de que su cabeza anda maleando, cuando desconoce su propia obra.

Tengo á mi vista una carta de vd. de su puño y letra, con su firma íntegra, en papel timbrado con el sello Presidente de la República Argentina; carta que pongo á su disposicion para que la mande reconocer, y en la cual dice vd. testualmente lo siguiente:

«*Don Bartolo* me largó un *suelto* de tres columnas en la «Nacion,» subiéndoseme muy arriba, *y yo* le puse uno de cuatro en «La Tribuna» bajándole la punteria. Dicen que sigue: pero se lo abandono ya á los gefes subalternos para que lo entretengan.»

Esta carta de vd., que descubria su ingerencia en la redaccion de «La Tribuna» y desmentia á esta en sus afirmaciones de que no escribia vd. en ella; esta carta en que se comprueba que vd. se burlaba del amigo á quien siempre ha ocultado sus ataques; esta carta que le presenta viciando el idioma, ¿por qué la ha olvidado y desconoce, cuando le ofrezco el medio de reconocerla original ?

Es que en ella aparece el hombre de dos caras, y esto debe vd. desconocerlo aunque le sea necesario poner en ejercicio la herencia de familia.

Es bien sorprendente que vd. pretenda ahora darla por purista en el idioma. ¿De cuando acá esa pretension, Sr. Sarmiento? Una de las glorias que ostenta es aquel cuaderno que publicó en Chile para modificar la ortografía española.

Vd. recordará que proponia suprimir las vocales y consonantes mudas. Así por ejemplo, en *hombre* suprimia la *h*, en *que* la *u*, debiendo escribirse ombre, qe, éroe, onra, gerra, etc., etc.—Esa innovacion motivo de la crítica del literato peruano Pardo quien la calificó de *destierro de letras*.

La reforma no era inventada por vd. La habia vd. tomado de un viejo escrito de Cortés que no hizo efecto y murió en el olvido.

¿De dónde le viene el ser purista ahora cuando Villergas le demostró que no sabia escribir con propiedad?

En cuarenta años que cuenta de educacionista ¿qué libro de educacion ha producido?

Condenado por la herencia que recibió, á no decir verdad, es que vd. trae otros recuerdos que son otros tantos falseamientos de la verdad, y que para desnudarle de las ropas ajenas con que se ha presentado y engañado á su país conviene no consentirlos.

Dice vd. en su carta: «Fuí en sus tiempos el adversario en Chile del general Santa Cruz, déspota de Bolivia.»

Vd. dice en el prólogo de *Facundo:* «A fines de 1840, salia yo de mi patria, desterrado, etc.»

Santa Cruz habia sucumbido el 20 de Enero de 1839 en la batalla de Yungay, para no volver á levantarse mas.

¿Cómo pudo vd. encontrarse en Chile en 1839 cuando recien salía de su patria á fines de 1840?

Eso es flagrante, mi amigo; salvo que pretenda haber estado su espíritu en Chile cuando su cuerpo quedaba en San Juan.

Puede muy bien haber combatido á Santa Cruz, pero no en su tiempo. Prisionero en Chile, despues de esa batalla, es probable que le aprovechase en la desgracia para ultimarle.

No es una sinó mil veces que vd. ha repetido ser el autor de esta frase: *on ne tue point les idées*, que dice escribió con carbon al salir de su patria.

Esa frase no es suya, como debe saberlo. La dijo Platon, San Just en la Convencion francesa, los jirondinos, en el libro de uno de ellos que murió envenenado; la han repetido mil autores franceses bajo diferentes formas. Ella ha sido el estribillo de todo neófito en la oratoria.

¿Seria que vivió ántes que el filósofo griego?

Dice vd. que Bello calificó de gran cosa un artículo que escribió al llegar á Chile, y que debido á ese artículo el Congreso repuso á San Martin á la cabeza de la lista militar, abonándole su sueldo.

Hasta ahora entendia que ese acto de justicia del Congreso de Chile provino de las indicaciones que hizo el general O'Higgins desde el Perú, aprovechando de la victoria que habian obtenido las armas chilenas en 1839. Pero el tiempo enseña lo que ignoran aun los que dieron esa ley.

La razon principal que hubo para ese acto de reparacion fué, que recien entónces se supo que San Martin estaba pobre en Europa, siendo la creencia vulgar de ántes que no lo estaba.

Ahora vengo á saber que fué su artículo de vd. el que produjo esa ley.

¿Será esta una verdad tan grande como aquella de haber

combatido al déspota boliviano cuando no existia tal déspota?

Esta duda toma mayor fuerza cuando le veo á vd. presentado como la Elena de los partidos en Chile, disputándoselo.

Una comision del partido liberal compuesta del Sr. Félix Vicuña y del general Las Heras, para que se pusiese al frente de la prensa liberal.

Otra del Sr. Montt por parte de los pelucones para que se encargase de la prensa del gobierno. Se trataba dice vd. de la eleccion de presidente.

Agrega vd. que se decidió por el gobierno, y que el general Las Heras «cuasi se cayó de espaldas» al saber su determinacion. ¿Y cuándo sucedió eso Sr. Sarmiento? vd. lo dice, *en 1842*, señala la fecha, y agrega que fué felicitado por el redactor del «Valdiviano Federal,» Sr. Infante.

Me atrevo á creer que todo ese relato de vd. es completamente falso, un golpe de su incomparable audacia. ¿Sabe vd. en qué me fundo para ello? En lo siguiente: en que en 1842 no hubo tales elecciones de Presidente. Esas elecciones, la primera eleccion de Bulnes, tuvieron lugar á principios de 1841, cuando vd. se encontraba aun en San Felipe, recien llegado de San Juan.

¿Cómo pudo vd. ser invitado por los partidos en 1842, para las elecciones de Presidente, cuando no habia tales elecciones, esas elecciones habian pasado un año ántes y nadie politiqueaba entónces?

Los escritores de esa lucha electoral fueron el Sr. Vicuña D. Pedro, Alvares, Godoy; Renjifo por parte del Gobierno, García Reyes; y por el tercer partido de Tocornal, personas que no recordamos.

Tampoco puede vd. decir que eso tuvo lugar en las elecciones del 47; porque en esa fecha, desde el 46 era vd. atacado virulentamente por la oposicion, por el diario de Santiago que redactaban el Sr. Vicuña y el Sr. Godoy.

Vd. no ha sido pues, invitado por el partido liberal ni por nadie para las elecciones de 1842, ni pudo ser saludado por Infante, que era opositor y jamás transijió con los malos gobiernos.

Es cierto que vd. se afilió en el partido pelucon y que Montt le puso á su servicio cuando era ministro de Instruccion. Pero incurre en la misma falta de familia al aseverar que ese ministro le encargó de la educacion normal; debido á su suficiencia. No, señor Sarmiento, ese ministro habia

sido alucinado con su verbosidad é incurrido en la falta de creerle educacionista.

Tan pronto como se intimó con vd., que visitó la Escuela Normal establecida en los altos del Portal, fué tal el desórden que encontró, la insuficiencia del maestro que de allí salió derecho á su despacho y le envió á Europa á que se educase, aprendiese algun sistema, para que volviese á servir.—En eso fué hábil Montt. Amigo de la educacion, empezó por hacer educar al que debia ser maestro.

Vd. no ha comprendido su rol en el mundo. Se ha creido siempre el primero en todo, y como nadie ha tenido el coraje de reconocerle sus méritos, sinó *La Tribuna*, y sobre ella vd., no perdonando escrito en que no se presente como el génio de la civilizacion y de la guerra, ha venido á presentar la fábula del mosquito.

El mosquisto colocándose en la asta del buey le dice á este: vamos arando.

Así es su carrera. Colocándose sobre el sombrero de Montt se hace el autor de la civilizacion y organizacion de Chile. Colocándose sobre el hombro de Urquiza se hace el héroe de Caseros. Colocándose sobre el caballo de Sandes se hace el pacificador de las provincias. Colocándose sobre la guerra de Baibiene, se proclama el vencedor de Naembé.

Los frutos naturales del país, el procreo de los animales el aumento de la produccion y de la renta, vienen á ser por ese sistema cómodo fruto de su trabajo y de su inteligencia.

Me era necesario demostrarle la falta de verdad en algunos puntos de su carta, para que los que nos leen vayan valorando las armas con que vd. ha procurado aplastarme.

Viviendo vd. en adoracion perpétua de su individualidad, ha llegado á comulgar con las ruedas que le puso en la boca « una ilustrada señora chilena que visitó estas playas hace poco, segun su carta, y que en Chile pertenecia al partido exaltado liberal. »—Esa señora Sr. Sarmiento, es Doña Rosario Reyes, viuda de Juan Bello que murió de ministro plenipotenciario en Estados-Unidos, nombrado por Montt.—¿ Porqué la coloca en otro bando que no era el suyo ?—¿ Qué le dijo esa señora ?—Que vd. era conservador. Vd. acepta el calificativo y sin embargo se presenta como el reformista mayor en su país.—¿ Qué mas le dijo esa señora ? « Sarmiento es una gloria chilena. » ¿ Y no comprendió lo que esa galanteria significaba ?

Como se van á reir en Chile de esta anédocta.

Cuando visité esa señora inteligente, me preguntó:

—¿ Cómo le vá con Sarmiento ?
—Ya vd. le conoce, le contesté.
—¿ Siempre está como lo conocimos ?
—Él mismo, le dije.

Parece que la espresada señora se mofó de vd. á estar á este diálogo.

Pero dejemos estas cosas que no son de hombres sérios y pasemos á algo de mas sustancial.

¿ Porqué me persigue Don Manuel Bilbao ? interroga vd. y se contesta : *La Tribuna* esplica los motivos de su persecucion, y es ser yo (Sarmiento) partidario del despotismo, y él (Bilbao) de la libertad. »

¿ No crée vd. en esa causa ? Veo que aun no acierta á darse cuenta de ella ; porque atribuye á mis escritos móviles dignos de su alma y de sus antecedentes. « *Vendetta Corsa*, por agravios no hechos á él. » ¿A quién fueron ? « Por un juicio que promoví á su hermano,» responde.

Pero si en ese juicio vd. salió rata por tirante ¿cómo puede ser causa de venganza lo que no existe ?

Despues la atribuye al deseo de lucrar con una polémica, como si yo le hubiese á vd. promovido polémica alguna, cuando lo único que he hecho es tratarle con la mayor consideracion cada vez que me he ocupado de su personalidad política.

A poco andar la atribuye á la política de Montt, y por último á despique por haber cerrado la imprenta en que se publica « La Libertad ».

En un solo escrito se ven todas esas contradicciones, una inteligencia que dá botes por el suelo sin encontrar como rompérsela.

Lo que dijo «La Tribuna» esa es la verdad. Le he combatido por ser vd. amigo del despotismo y á nombre de las ideas liberales.

¿ A esto que dice vd .? Que ha combatido mas tiranías que yo. Se parece esto á su cuestion para doctorarse. Cuando volvió de Chile quiso ser doctor. Alguien le observó que no habia estudiado latin. A esto respondió, debe recordarlo : cómo ! no sé latin ? Sé mas de cien latines.—Y para el efecto se puso á recitar las frases latinas que traia un librito.

Así ha sido su combate al despotismo. Ha combatido á cien déspotas, del mismo modo que sabia el latin.

Pero vd. enumera á los déspotas á quienes combatió.

En Chile combatió á Santa Cruz. (Ese fué un sueño de

familia.) Tuvo palabras de desprecio por Santa Ana, que estaba en Mejico; por Castilla déspota militar y bruto en dos piés.

La posteridad no ha de encontrar esos ataques, ni los pueblos han de saber qne debieron su libertad á esas palabras de V. Por lo que hace al bruto de Castilla, le recordamos que Lastarria lo presenta como al que moralizó, organizó y dió vida constitucional al Perú.—Que así bruto á nadie persiguió, á nadie juzgó por causas políticas, no se derramó una gota de sangre en los patíbulos.—Que á él se debió la libertad de los negros, la abolicion del tributo; y que si cometió abusos, errores ó lo que sequiera, jamás su pátria tuvo que llorar las lágrimas que ha vertido ni sufrido el desconcierto qne ha tenido la República Argentina bajo la sabia y liberal administraccion de usted.

¿Qué otros despotismos? A Quiroga y los Aldao, «cuyas memorias ha librado á la execracion ya que no pudo matar en la guerra.»

¡Qué desgracia la de vd. de combatir á los déspotas cuando mueren, execrándoles su memoria!

Tambien á Rosas, á Urquiza y á los gobernadores del primero. ¿Y por qué y para qué los combatia? Siempre las batallas las ha dado fuera del alcance de los déspotas. Si el tirano estaba en Buenos Aires, en Entre Rios, en Mendoza, vd. se iba á apuntarles desde donde no lo viesen.

De ese modo la libertad habria sido una utopia en el mundo; porque jamás ha obtenídose un triunfo sin el sacrificio y la batalla.

No he podido comprender qué se proponia vd. al combatir á Rosas, á Quiroga, á Aldao. Era por libertar á su pátria de un despotismo? No puede serlo, desde que vd. tenia y defendia las teorias de la tiranía.

V. ha dicho en un artículo reciente publicado en «La Tribuna», sosteniendo los consejos de guerra para causas políticas, que Rosas fusilaba sin consejos y que vd. quiere que en todo caso exista el consejo.

¿Hasta para asesinar? Así debe ser, puesto que así se lo ordenaba vd. al general Arredondo, encargándole: asesíneme bandidos pero con consejo.

¿No le parece á vd. mas franco el proceder de Rosas que asumia la responsabilidad de sus actos, miéntras que vd. procuraba encubrirlos con consejos de guerra?

No, señor Sarmiento. Las épocas hacen variar los procederes de los déspotas, pero la naturaleza, los instintos, el molde de los tiranos es el mismo en el fondo.

Que Rosas, poder personal, dictador, en una época anárquica, barbarizadas las masas fuese sanguinario, se comprende. Pero que vd. representando un poder constituido, en una época adelantada, pacificado el país, apoyado por los intereses industriales, se esforzase en fusilar, en desorganizar, perturbar las nociones democráticas, echar por los balcones el aumento de la riqueza; en querer constituir un poder omnipotente en donde la ley lo limitaba; eso no se comprende sinó como perversion del corazon y como fruto de una naturaleza ansiosa de crueldades.

He encontrado un impreso, suscrito por vd. entre otros, que no he querido darle crédito, pero que no habiendo sido desmentido por vd., debe volverlo á leer para que pase ó no á orlar su laureada cabeza.

Ese papel es el siguiente:

« Maximas de política y de guerra del club de unitarios establecido en Santiago de Chile, con el título de Comision Argentina, para servir de instrucciones á todos los cabecillas de ese bando, como regla de conducta en sus vandálicas escursiones y publicadas por dicha comision en algunos diarios en el año de 1841.

« Es necesario emplear el terror para triunfar en la guerra.

« Debe darse muerte á todos los prisioneros y á todos los enemigos.

« Debe manifestarse un brazo de fierro; y no tenerse consideraciones con nadie.

« Debe tratarse de igual modo, á los capitalistas que no presten socorros.

« Es preciso desplegar un rigor formidable.

« Todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilacion.

« Debe imitarse á los Jacobinos en la época de Robespierre.

Domingo F. Sarmiento.

Si ese impreso fuese la espresion de la verdad ¿ no estaria simbolizado todo el sistema político que le he combatido ?

Vd. me obliga á una pequeña comparacion, con motivo del exámen que he hecho de sus ataques á los tiranos; comparacion que vd. la provoca al decir que yo he defendido á Castilla y á Urquiza, déspotas condenados por su pluma.

Miéntras vd. ha combatido en parte soñando y en parte despierto, siempre lo ha hecho poniendo un mar de por me-

dio. Todos sus ataques han sido con anteojos de larga vista.

Mi pobre individualidad ha combatido siempre al frente del que he considerado déspota; y por eso es que cuento algunos destierros y prisiones.

Respecto de Urqniza nada tengo que decir, desde que jamás lo conocí personalmente y mi venida á este país fué cuando aquel habia caido.

En lo tocante á Castilla, aun cuando le reconocí méritos indisputables, servicios á su patria positivos, no tuve ocasion de ayudarle con mi pluma. Observé su marcha compadecí sus faltas y allí paró todo.

Por esta parte está liquidada mi cuenta con vd. Presentado como poco amigo de la verdad, desmentido en sus afirmaciones, ahora quedo espédito para entrar en algo de mas importante, que estoy seguro agradará á vd. el recordar sus hazañas por esos mundos de Dios, y que no deben ser bastante conocidas de su patria.

Buenos Aires, Abril 28 de 1875.

MANUEL BILBAO.

CUARTA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

Vanos esfuerzos está haciendo vd., para distraerme de lo que me he propuesto, « al entregarme á los gefes subalternos para que me entretengan », como hacia con don Bartolomé Mitre.

Tambien llegará su turno á los lebreles, que espontáneamente atacan mi persona, en un diario al cual he guardado todo género de consideraciones, y que responde á esas consideraciones con denuestos que me han de obligar á usar armas de rebote.

No le ha bastado á vd. el lanzarme tres columnas de lodo, cuando yo habia mantenido y hecho mantener en « La Libertad » un respeto á su persona, consintiendo tan solo los ataques que se referian á su administracion.

Quiere vd. convertir la prensa en un pujilato de gladiadores, llamando en su auxilio á los que saborean aun el fruto de su administracion. ¿ No es vd. el sabio, el atleta de los tiempos modernos? ¿ En dónde se encuentra esa

fuerza y esa sabiduría que llama en su proteccion á los jefes subalternos de su ejército de la difamacion? ¿Qué puede temer del muchacho que juega á la pandorga, del hombre oscuro. del saltimbanqui de la política.

En todos tiempos vd. no ha sido en la prensa otra cosa que el gallo de mala cria.—Mucho aparato de plumas, y una cuchillada impetuosa, para despues salir cacareando del circo.

Cuando Alberdi dirijió á vd. aquellas cartas Quillotonas, enseñándole el rol que correspondia á los escritores despues de caido Rosas, su furor fué tal, que hizo con él la misma cosa que acaba de hacer conmigo.—Le plantó un artículo de desvergüenzas, anunció cien mas, y acabó por evaporarse del diarismo,

No me ofenden sus dicterios. Lo que si temería son sus elojios; porque estos los ha prodigado á cuantos han hecho un mal y las insolencias le han brotado contra todo el que sobresalia por sus virtudes, por sus publicaciones, sus servicios, su intelijencia.

Nada nuevo me ha dicho que ántes no lo hubiese lanzado contra las reputaciones de su pátria.—Me honra vd. en incluirme en esos ataques.

Vd. decia al Sr. Alberdi en su escrito « *Yva de Zambra* » lo siguiente:

« Cuando la paz sea efectiva, Alberdi. ¡ Oh ! ¡ no ! es deseo demasiado útil, demasiado bueno para que se realice ! Iba á decir un disparate. Iba á decir, si un dia nos encontramos sentados ambos en las bancas de un Congreso.... si un dia tenemos la prensa en Buenos Aires... si un dia se piden hombres sérios ...sí, sérios, Alberdi vd. que usa esta palabra como un quita-sol, para que la luz no le hiera demasiado el rostro, es un saltimbanqui, y muy sério, es verdad; pero saltimbanqui. »

Allí mismo le decía:

« El derecho entónces, los códigos, las pandectas, las panderetas del sabio de tres retacitos, cortado en Buenos Aires, hilvanando, puntada larga en Montevideo, oreado en Génova, ha planchado en Chile, para darse un oficio, una posicion, se convierten en chicana forense, » etc. etc.

Si esto decia de Alberdi, del mismo de quien poco ántes habia dicho que era una gloria argentina, el mas inteligente, el que estaba preparado para constituir á su patria; si esa es la fé con que vd. trata á los hombres y el lenguaje con que los manosea, ¿qué estraño es que á mi me coloque en

esa categoria, teniendo la poca orijinalidad de copiarse a sí mismo?

Vd. que ha llamado basura á los primeros oradores de su país, á los que tienen un nombre honorable y esclarecido como Quintana, Mitre; vd. que llamaba menguados á los gobernadores de los pueblos ¿qué estraño es que se avalance sobre mi persona para exhibirla como un saltimbanqui, un pilluelo y de cuantos modos se le ha ocurrido?

Pero pierdo mi tiempo en esta parte de su carta.

Debo seguir con la cruz á cuestas y darle á conocer bajo una nueva faz, bajo la faz de su aparicion al mundo como diplomático.

Ya habia sido polemista y habia sido apaleado. Habia sido militar, y no encontrándose en batalla alguna, contentádose con execrar ya que no podia matar. Habia sido auditor de guerra en la campaña de Pavon, nombramiento que nadie le dió, aunque asegura que lo recibió; puesto que ese destino lo tuvo el Sr. Araujo.

Vaya ese recuerdo del efecto de familia, como paréntesis.

Habia sido municipal, diputado, senador y ministro educacionista. Habia sido director de la guerra en las provincias y hecho fusilar á los prisioneros; habia sido gobernador de San Juan y temia que le matasen.

Ahora le encuentro en mi peregrinacion de ministro plenipotenciario.

Se ha reñido con todos sus paisanos. No le pueden sufrir en su provincia. El Gobierno Nacional quiere verle léjos de su vista. Parte para Chile como plenipotenciario á recorrer la América.

Llama la atencion esto de no poder desprenderse del presupuesto. Hijo caro de su patria, le hace pagar bien caro ese amor.

Llega á Chile. A los pocos dias sucede la ocupacion de las islas de Chincha por Pinzon. Las repúblicas del Pacífico alzan un grito de indignacion.

Vd. no puede pasar desapercibido en esa campaña. El Perú limpia sus armas, Chile se prepara. En medio del aturdimiento se deja oir una voz; es la de vd. ¿Qué dice?

Campeando por su cuenta y riesgo dirije una carta al Perú anunciando que se pone en campaña. Lleva la bandera de San Martin; va á concluir con los españoles.

La república Argentina está con nosotros! esclaman en el Perú.

Llega vd. y es recibido como el ángel tutelar. No puede negársele que es hábil para procurarse ovaciones.

¿Qué hace allí?

Se reune un Congreso Americano. Estan representadas las repúblicas de Chile, Bolivia, Venezuela, Ecuador, Perú y Nueva Granada.—Vd. no pierde esa oportunidad, se incorpora al Congreso representando á su patria.

¿Sus poderes? A esto contesta que pronto le llegarian.

Las sesiones son diarias. Vd. debe recordar que allí estaba yo de curioso en la barra.

Se trata de batir la escuadra española. Pezet hace aprestos. Se cuentan 14 naves de guerra, de todos tamaños. La escuadrilla española la componen dos fragatas y dos cañoneras.—Bajo tales impresiones llega la noticia al Congreso reunido, que una de las fragatas españolas se habia incendiado.—En las calles hay manifestaciones, se crée el triunfo seguro. El Congreso se entusiasma con la noticia, y vd., uno de sus miembros escede á todos en demostraciones. Se olvida del rol de plenipotenciario, se sube sobre la mesa de la sala y dá vivas desaforados.

¿Negará esto? es probable si es que quiere ser consecuente á la herencia de familia.

Pero no es esto todo. Pocos dias despues le llega una nota del Gobierno Argentino, condenando su injerencia en el Congreso, en la cuestion del Pacífico y ordenándosele marche en el acto á los Estados-Unidos.

Se descubrió el pastel.

El primer paso en su carrera diplomática fué ridiculizar su representacion y quedar mal ante propios y estraños.

Miéntras V. daba ese beneficio ¿recuerda el rol que yo desempeñaba? ¿Se acuerda de la conmocion del pueblo, del jurado, de los preliminares de la revolucion que derribaron á Pezet por aquella publicacion que hice acusando á este de connivencias con la corte de Isabel II?

De allí se vá V. á Estados-Unidos. ¿Qué consigue para su pátria? Por todo resultado de sus funciones diplomáticas envia con gran aparato la noticia de que la Universidad de Michigan le habia hecho *doctor!*

Doctor! ha encontrado justicia á su saber. Sus cien latines han podido mas en Michigan que en su pátria. Tiene razon entonces para decir á sus compatriotas: erais unos ignorantes que no conocísteis mis méritos.

Estaba escrito en el libro de los padres de la literatura, que no faltarian doctores en el mundo, que acreditasen la crítica de Boileau.

Jamais docteur armè d'un argument frivole

Ne s'enroua chez eux sur les bancs de l'ecole
Laisse lá saint Thomas s'accorder avet Scot
Et conclus avec moi qu'un docteur n'est qu'un sot.

Lo cierto es que V. hizo el flaco servicio al nombre de la Universidad de Michigan, de dejarlo como una cosa para reir.

Ese peligro corre el ejército argentino el dia en que V. ciña la banda de general.

Cerca de 50,000 patacones gastados por el país para que V. fuese doctor; porque ningun otro resultado dió su mision.

Nos equivocamos. Otro resultado mas se obtuvo; que V. asistiera á la Exposicion en Paris y Napoleon III le pusiera los anteojos desde su palco, acontecimiento que trató de rectificar en esta, por ser necesario para sus glorias, apelando al testimonio del General Puch, quien irritado con V. le contestó enfadado:—No puse atencion; pero no seria estraño que así sucediera desde que era un dia de esposicion.

Debo ser fiel á la verdad. Esa mision diplomática fué una calamidad para su pátria. Debido al miraje que se forma á la distancia, creyéndose que V. hubiese aprovechado en sus viages, olvidadas sus hazañas con su ausencia, su presidencia nació de su alejamiento del país durante cuatro años.

V. se habia ido dejando recuerdos de demagogo, de constitucionalista. Se creia que volveria perfeccionado y que traeria un mundo á realizar. Salió presidente por obra y gracia de «La Tribuna,» del General Arredondo y el Coronel Mansilla.

Para esta presidencia V. dice que no dió un solo paso. ¿Será falso que V. escribió al General Mitre, pidiéndole su apoyo oficial y que éste no le contestó, de dónde proviene la guerra que este le ha hecho desde que subió al poder?

No puede V. negar que en su carrera diplomática cosechó lo que no esperaba; y que obedeciendo á una ley fatal de su existencia, su vida ha sido una série de descalabros que le han procurado la cosecha de los destinos que ha ejercido.

En camino vá. No estrañe entonces que su administracion, por los mismos males que sembró para ser cosechados ahora, le adjudiquen el premio que busca.

Bien querria entrar de lleno á seguirle en su administracion; pero seria dar proporciones á esta carta que no convienen al gusto del lector.

Miéntras llego á esa época rica y fecunda, permítame

unas ligeras observaciones acerca del tratado que está escribiendo con el humanitario propósito de que la República Argentina sea rejida como lo fué la Lombardia, por el código militar.

V. puede alcanzar con ese tratado el resultado inmediato de que condenen á muerte al General Mitre, para que vacando esa plaza el Senado se apresurase á llenarla con la persona de V.

Siempre el hombre de los patíbulos!

Creo que si alguna vez le tocára á V. presenciar una ejecucion y no se encontrase quien facilitara la cuerda fatal, habia de correr á comprarla y presentarse con ella.

No es otro el rol que está ejerciendo con los presos políticos. No habia quien disputase esas víctimas al Consejo de guerra, y en el acto se presenta V. haciéndose preceder de la fama de ser el mas sábio despues del Dr. Velez.

Para comprobar esa reputacion, ha recurrido á su imperturbable audacia, entrando á hablar de lo que mas ignora, con un aplomo digno de su reputacion.

V. ha dicho que se queda con las leyes romanas, respecto á milicias. Si V. conociese esas leyes, no habria calumniado á los romanos.

¿Sabe V. cuál era la primera ley de los romanos respecto á ejércitos?—Durante los 600 años que fué República Roma, fué prohibido que la habitasen tropas. El ejército fué considerado como conquistador y defensor de fronteras, y su entrada á la ciudad fué proscripta como garantia indispensable de las libertades de aquel pueblo. Sila, el dictador; precursor del Imperio, fué el primero que trajo tropas á los alrededores de Roma.

Durante el Imperio ¿sabe V. lo que fué la organizacion militar de Roma? Se creó un ejército de 20,000 hombres, que se llamó guardia pretoriana y que vivió en las murallas de Roma. Ese ejército era el que ponia y deponia emperadores; el árbitro del Gobierno; y por cada revolucion que hacia recibia oro y grados.

Así es que si esas leyes hubiesen estado en boga entre nosotros, y el ejército hubiese á V. encerrado en una jaula de fierro, en vez de pedir contra sus gefes la muerte, le habria tenido que premiar.

¿Sabe V. lo que esas leyes disponian respecto á prisioneros? El vencedor tenia derecho de vida y muerte sobre él; y por una ficcion le reducian á la clase de cosa, de esclavo. ¿Es eso lo que quiere para su pátria?

Lo mismo le veo citar la historia de Inglaterra, con ese aplomo de la cáscara de fierro, y confundir los hechos, las épocas sin atinar con lo que busca—Cromwell acabó con el ejército feudal de Cárlos I. No fué Jacobo II el que creó el primer ejército regular en Inglaterra.

La ley inglesa que prohibe al rey tener ejército sin consentimiento del Parlamento, no fué dada en tiempo de Jacobo II, como V. lo crée. Fué una conquista que arrancaron los nobles á Juan Sin Tierra, siglos antes.

La prueba la tiene V. en que el Parlamento declaró inconstitucionales las guardias de Cárlos II, y que enumeró como prueba de que Jacobo II intentaba subvertir el órden y atacar las libertades del reino, el hecho de haber levantado ejército en tiempo de paz sin permiso del Parlamento.

Vea V. á Lieber que le enseñará lo que aún ignora.

Pero V. me dirá que esto nada tiene que ver con la carta que me dirigió. Tiene razon: pero he hecho esta digresion ligera para presentarle en flagrante falseamiento de la historia y en acto incontestable de esa ignorancia sábia.

Pero á V. qué le supone el falsear hechos, leyes, darse por entendido de lo que no ha estudiado, sin mas razon que sostener su reputacion de doctor ante un pueblo que tanto ha engañado, al cual tanto ha insultado y al cual le debe V. tantos beneficios y sumision?

Me falta aun hablar de su administracion y formar un conjunto moral de su sér.

Entónces habré concluido de contestar su carta del 26, y entónces estoy seguro que V. me honrará con una respuesta.

Buenos Aires, Abril 29 de 1875.

MANUEL BILBAO.

QUINTA CARTA.

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento:

Así como le es grato recordar los primeros triunfos que obtuvo en Chile, al exhibirse como escritor, sobre todo en la campaña electoral del 1842, que nadie sabe de ella por que no la hubo, así tambien debe serle grato el recuerdo de su viaje triunfal para recibirse de la Presidencia de la República Argentina.

El camino lo habia preparado. Sabia vd. que quien mas ofendiese al pueblo ese seria el mas predilecto de sus afecciones.

Le habian electo á vd. Presidente. ¿Cómo ricibir esa distincion y corresponder á las esperanzas de los que anunciaban la venida del Prometido?

Vd. fué lójico en esta parte con sus antecedentes. Poniéndose en guardia contra una derrota que vd. temia en la eleccion, habia anticipado en *Ambas Américas* un escrito en que presentaba á sù patria como cosa de South América, llanuras despobladas, incultas, poseidas por grupos aislados de ignorantes y de discípulos del coloniaje, que habian vivido en la anarquia gastando sus fuerzas y sus tesoros en revueltas de borrachos.

Sinó hubiese salido vd. electo Presidente, la salida la encontraba á mano. Habria dicho: son tan salvajes que me repudian.

Pero sucedió desgraciadamente lo contrario. La noticia de la eleccion le fué comunicada. En el acto, olvidando lo que habia dicho respecto de su patria, levantó la voz para anunciar al mundo civilizado: que su patria se habia regenerado, era un gran pueblo, y que daba una prueba de su civilizacion al haber ido á buscar en Estados Unidos á un maestro de escuela para Presidente.

Devorado su espíritu con el tal nombramiento, visitó á todos los hombres notables de Estados Unidos, á los diaristas, á los libreros. Al bueno de Horacio Mann le suministró los apuntes necesarios para que le dedicase una biografía.

En seguida tomó el vapor y se puso en marcha para Buenos Aires, repitiendo uno de los cien latines que sabia: *audatia fortunat jubat.*

Un mar tranquilo permitia al buque acelerar su marcha. Los pasajeros gozaban de la contemplacion del océano. Ningun accidente perturbaba la tranquilidad de los navegantes.

Mas, á los pocos dias de marcha empezóse á oir entre los pasajeros cierto rum rum que les alarmaba.

Ese rnm-rum tomó creces. Disputaban si seria ó no cierto lo que contaban otros, hasta que al fin se resolvieron á salir de dudas.

¿Qué era lo que pasaba?

Cuando la Cámara estaba en silencio, de noche á veces, otras de dia, se dejaban oir voces, esclamaciones, algo que indicaba una riña, palabras que no comprendian; carcajadas por intérvalos.

La atencion se fijó en este fenómeno para descubrir lo que era.—Cuando llegaba la hora de las voces y carcajadas, los pasajeros se agruparon á la puerta de un camarote para saber lo que se pasaba. Ailí vieron, por el ojo de la chapa á un hombre con chinelas, en ropas de dormir que accionaba, jesticulaba, reia y en seguida se metia en cama.—Enristrando los puños decia: formaré una escuela del país, acabaré con esos ociosos que renuncian á la agricultura por seguir cosehechando frutas de cuatro patas, llevo mi coraza que es una cáscara de fierro, cien Chivilcois hace brotar de los desiertos. Telégrafos, rieles formarán una red que ponga la federacion en mis puños.

Los pasageros se retiraron muy despacio á comentar lo que oian. Ninguno daba en bola con aquellos enigmas. El mismo coronel cubano, Cortez, que venia en el vapor creyendo encontrar proteccion para la independencia de su patria, se dió una palmada en la frente y esclamó: soy hombre al agua.

A la mañana siguiente, acercáronse los viageros al que deseaban conocer. Muy pronto supieron de su boca que iba á recibirse de la Presidencia de la República Arjentina.

Los viajeros creyeron que tal noticia era una continuacion de los monólogos que habian oido en el camarote.

Sin embargo, era verdad, la única que quizas decia vd. en el trascurso de su vida: era el Presidente electo.

Sus monólogos eran los ensayos que hacia de los discursos con que debia saludar á sus amigos en los banquetes que le preparaban.

Estos monólogos habian alarmado en Nueva-York al Sr. D. Belisario Roldan, que vivia en el mismo hotel que vd. Recordará que tarde de la noche se le presentó á sus piezas, preguntando qué pasaba; y que vd. de pié al frente de un espejo, le contestó: estoy recordando el español para hablar cuando vuelva á Buenos Aires.

El vapor llegó á Rio Janeiro. En el acto desembarcó vd. y se dirijió á casa del Sr. Frias, Cónsul argentino, á pedirle le franquease las condecoraciones de la Orden de la Rosa para visitar al emperador.

Habia satisfecho el deseo de su visita y siguió viaje para su patria.

Se encuentra vd. en la rada de Buenos Aires. Le reciben sus partidarios. La ovacion popular le saluda como al padre de la luz. Las escuelas tambien se uniforman y acuden á victorear al génio de la civilizacion—Sus primeras palabras

se concretan á decir á ese pueblo: debeis saber que soy doctor de Michigan.

Inaugúrase su administracion.

Esos recuerdos, pueriles si vd. quiere, tienen la importancia de retratar al ciudadano que empuñaba las riendas del gobierno argentino.

¿Cuál es su primer acto? Encuentra que el general Arredondo habia sido sometido á juicio por no haber querido presentarse en Buenos Aires—En el acto manda sobreseer en la causa, abraza al general y le encarga de las fronteras de Córdoba y San Luis.

¿En dónde estaba el constitucionalista, el observador de la ordenanza militar, que despues ha proclamado como código salvador de la libertad?

V. me hace el cargo de haber atacado antes á Arredondo y de ser ahora su amigo.

¿Deduce V. inconsecuencia de allí? ¿Cómo calificaria entonces V. su conducta, que habiendo sido el amigo de Arredondo, debídole á él su eleccion, el paño de lágrimas durante su administracion y salvándole de la anarquia, le destituyese en pago de esos servicios un año antes de concluir su mando, le encarcelase sin causa y en seguida procurase cubrirle de injurias y de execracion?

Dejo á su ilustracion el que califique esa conducta.

La mia era muy distinta. Yo habia combatido al General Arredondo por los esfuerzos que hizo para hacer triunfar la candidatura de V., sin haberle saludado ni conocido de vista. Y fuí su amigo cuando le ví volver al buen camino, arrepentido de su falta por haberle llevado á la presidencia, y cuando se ponia en las filas de un partido que queria garantias y verdad para la marcha constitucional; cuando se negaba á servir una candidatura oficial; de donde provenia la persecucion que V. le hacia.

En esto he sido lógico con mis convicciones, mientras que V. fué ingrato y cruel con el hombre á quien tanto le debia.

Es la oportunidad de contestarle este otro cargo que me hace: «Mitre, dice V., no es un déspota *ahora* para D. Manuel Bilbao, no obstante que durante su presidencia y *ántes* le hizo la mas cruda guerra de injurias y reproches.»

Es sarcástico V. al hablar de que Mitre es un déspota *ahora*, cuando le vé en un calabozo por haber combatido los frutos de su política.

Antes de que fuera presidente el General Mitre no lo combatí, al contrario, tenia por él grandes simpatías porque

habia estado con él en un ponton, presos ambos en Chile, por haber ambos combatido en unas mismas filas al sanguinario despotismo que se entronizaba allí y del cual V. era su voz en la prensa.

Durante su presidencia, es decir, desde 1866, es verdad que le combatí sin el adorno de las injurias.

Le combatí por su alianza con el Brasil para hacer la guerra al Paraguay. Le combatí por sus intervenciones en las provincias. Esos ataques fueron obra de mis convicciones; y si volviese á encontrar al General Mitre, alguna vez en ese mismo camino, volveria á combatirle; porque mantengo mis mismas convicciones.

Despues que dejó de ser presidente, que le ví entrar en el camino de las conveniencias nacionales, combatir las intervenciones ordenadas por V., execrar la doctrina del patíbulo que V. alzaba, no podia combatirle sin ponerme en pugna con mis principios.

Por último, el general Mitre, que era el candidato al rededor del cual se uniformaban los elementos de resistencia á la política de V., atrabiliaria, destructora de la federacion ¿queria V. que lo combatiese, que fuese á debilitar esas resistencias?

Eso habria sido una insensatez.

No se me ocultaban los méritos del General Mitre como sus defectos. Le habia visto y seguido en sus últimos actos, y creia que el hombre si era digno de volver á la presidencia consideraba un error la aceptacion que habia hecho de su candidatura. Pero empeñado el combate, ahogada la candidatura del Sr. Quintana por V. con los elementos oficiales, no quedaba otro posible de encabezar el gran movimiento de opinion que el General Mitre.

Por eso la adhesion que encontró esa candidatura dentro y fuera del país, los inmensos elementos de que dispuso y la fuerza que recibió de los que buscaban garantias, crédito, respetabilidad, sin acordarse de otras banderas y de rencillas pasadas.

Para los que en política no han conocido otras banderas que las personales, para los hombres empequeñecidos por las pasiones y la ambicion, no se esplican la conducta del hombre de principios sinó tomando por cartabon un nombre propio.

V. al frente de esa escuela me juzga como lo hace, obedeciendo á su natural característico.

Pero sigamos recordando su administracion que es un modelo.

«Seis años, dice V. en su carta, he ejercido la mas alta funcion del Estado, y no me reprocho un acto importante que no tenga por base ó una ley, ó en los dudosos, la práctica constante de los gobiernos libres y bien organizados, principalmente el de la República de los Estados-Unidos.»

Es cosa sabida, que mientras V. viva no ha de faltar quien le elojie.

No es la opinion de V. la que se necesita; porque de antemano conoce el mas desprevenido el como sabe juzgar sus actos propios.

Lo que V. ha debido investigar era el como juzgaban sus actos los hombres competentes, cual era la naturaleza de ellos para deducir un juicio propio.

La administracion de V. es la madre de la actual. De tal árbol tal fruto. De tal padre tal hijo.

Para comprender la actualidad, la crisis moral, política, económica porque atraviesa el país, es necesario ir á buscar el orígen en esos seis años que V. ejerció la presidencia; porque allí están los puntos de partida.

Para comprender la pobreza de la Francia de Luis XV, de Luis XVI, su bancarrota, su miseria, su desmoralizacion y poder apreciar la revolucion del siglo pasado, es necesario saber lo que fué el reinado de Luis XIV.

¿No le parece á V. conveniente que investiguemos su administracion, en la cual nada encuentra que reprocharse y en la cual no hizo mas que observar las leyes y seguir la práctica de los gobiernos libres?

¿No le parece digno de solucion el problema que V. presenta, de hacer salir de un régimen libre y próspero el caos y la ruina?

Es necesario ese estudio, porque él nos vá á proporcionar la ocasion de presentarle tan buen Presidente como fué buen diplomático, buen militar, buen educacionista, buen escritor y buen sabio.

Nos va á proporcionar á la vez el presentar al pueblo un espejo para que vea en él el chasco que se llevó con su eleccion y recuerde que le ha pasado lo que á Rivadavia cuando un desgraciado le engañó con su mejoria y se propuso llevarlo en su coche á tomar posesion de su casa.

Caras lecciones, pero al fin lecciones!

Los seis años que V. fué Presidente, fueron seis años de ilusiones y engaños, de perturbacion del régimen constitucional, de reaccion unitaria, de derroche y de arbitrariedades.

No se me asuste ni grite calumnias! Poco á poco.

Sin plan administrativo, improvisó una prosperidad ficticia. Sin fé en la opinion confió todo al ejército. Sin conciencia del estado del país temió revoluciones hasta de los changadores. Sin prevision del futuro hundió la riqueza pública.

Apenas se instala V. en la casa de Gobierno entra á desenvolver sus planes.

El primero era contar con el apoyo del ejército. Confiando al General Arredondo las fronteras del Oeste, se propuso desde Córdoba dominar y asegurar las provincias. El General Rivas en Salta debia afianzar el Norte. Le faltaba el litoral. A la conquista de él se lanzó V. en persona. Fué á Entre-Rios y abrazó á Urquiza, su antiguo blanco de execracion, pero esta visita equivalia á la muerte del general. Sus enemigos le creyeron traidor y le asesinaron, oríjen de la sublevacion de Jordan.

Se creó la escolta para guardia de su persona.

Las mismas precauciones que tomaba le trajeron la guerra dispendiosa y larga del Entre-Rios.

El presupuesto ordinario de la guerra fué casi duplicado, despues lo consiguió.

El país fatigado con la guerra del Paraguay, queria paz á todo evento. Para responder á ese espíritu de órden y de hombre de trabajo, vd. daba órdenes á sus generales de sembrar el terror en las provincias.

Al general Arredondo, como al general Rivas, como al general Navarro enviaba vd. *circulares* confidenciales, para que á los bandidos que tomasen *los fusilasen, les cortasen las cabezas, y las pusieran á lo largo de los caminos* (testual). En esto de bandidos iban comprendidos los salteadores comunes y los rebeldes por causas políticas. Para que vd. no continúe negando esto último, recuerde que ordenaba al general Rivas fusilar al comandante Ortiz y á los que le siguiesen, si molestaban en Salta.

En esas *órdenes confidenciales*, como vd. las llama y como si por ser tales perdiesen su calidad, vd. llegó á pedir que *asesinasen*, pero con consejo de guerra.

Si los referidos generales, los dos primeros, hubiesen obedecido á vd. el país habria nadado en sangre. Tiene que reconocerles el inmenso servicio de no haber seguido sus órdenes. Seguramente ellos espían para con vd. el uno en un cuartel y el otro en el destierro, la conducta humana que observaron salvándole de una execracion póstuma.

Iba mas adelante vd. en sus instruciones, y esto le hará ver si es exato lo que dice: que sus actos se basaron siempre en una ley.

Vd. aconsejaba á los generales el despreciar *las estúpidas* leyes del 63, las leyes que vd. habia jurado observar y hacer observar! y que aplicasen la ordenanza á los reos, miéntras no los reclamasen los jueces ordinarios.

No puede haber vd. olvidado semejante réjimen. Tengo á la mano las pruebas, las órdenes de su puño y letra y con el sello de Presidente de la República Argentina.

A mas de esos actos ¿quién se atrevió á dar el escándalo en este país sino vd., de pasar un mensaje al Congreso para poner á precio la cabeza de Lopez Jordan y sus gefes? Y estrañaba la represalia por mano de los Guerri!

No, señor don Domingo, vd. no puede decir que se basó en la ley para gobernar, cuando están para desmentirle sus órdenes de matar bárbaras en las cuales se deleitaba, describiendo hasta el modo como debian despresar al hombre.

Esto no se ha visto ni en tiempos de Rosas. Esto es esclusivo, peculiar de su índole, de su administracion humanitaria y sabia.

Ya vd. puede ir viendo que le sirvo á su paladar, sin gritos, sin pueblos, sin fraseolojia. Que le sirvo un plato de verdades, sus enemigas tradicionales.

En la siguiente verá otro manjar que le harán despertar y reconocer que sirvo para algo, exhibiéndole en cuadros trasparentes que no le han de permitir ocultarse.

Su conducta de hoy, en busca de nuevos patíbulos no es mas que la continuacion de su marcha de todos los tiempos.

Buenos Aires, Abril 30 de 1875.

MANUEL BILBAO.

SEXTA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

Veo con placer que vd. ha vuelto de Zárate, á donde probablemente no fué; que está sano y vigoroso, pues así le

consideré al encontrarle ayer saliendo de la oficina de «La Tribuna».

Veo además que vd. empieza á quebrantar sus propósitos de no contestarme, y á ratificar lo que le anuncié en mi primera: que habia hacerlo.

Conozco su buena educacion y no podia equivocarme al contar con la atencion de responderme.

Bastaba que vd. hubiese dicho que no me contestaria, para que me confirmase en la creencia de que habia de contestarme.

Antès de seguir aplicando la linterna al cuadro májico de su administracion. permítame satisfaga las observaciones que me dirige en «La Tribuna» de hoy.

La redaccìon de «La Tribuna» iba á dirigirme una carta para que le contase aquello de los medios de que vd. se valió para inducir al coronel Rivas á ir á San Juan; pero vd. se apresuró á pedir á la redaccion de «no aceptar el medio secreto que le ofrece «La Libertal», para justificar un acerto *público* mio, que daña al buen nombre de un *tercero.*» Y continúa: «Déme el tiempo de suministrar los datos que establecen la verdad del caso, y se ahorrará vd. el desencanto que le espera, y ahorrará al propalador de suposiciones injuriosas, un nuevo acto poco honorable. Suyo, D. F. Sarmiento.»

A continuacion me dedica un largo artículo títulado *Cuestiones de actualidad*, en el cual cuenta su campaña á las provincias; de cuyo relato se desprende que ni Paunero, ni Rivas, ni Arredondo hicieron cosa alguna, eran unos topos; y que vd. con treinta hombres se tomó á Mendoza y San Juan, huyendo los gobernadores y mas de mil hombres de tropa, al solo anuncio de que vd. iba en la partida.

Algo mas se propone en ese escrito, hacer saber que Arredondo se rió de vd. diciéndole desde San Luis, en carta que recibió en Nueva-York: «le debo á vd. la batalla de San Ignacio.»

Viva vd. contento con esos triunfos. No entraré á seguirle en esos embrollos que hace de las cosas, porque á nadie interesan, nadie se ocupa de ellos, y nadie le ha pedido la historia de un héroe contada por él mismo.

Se trata de verdades, no de embustes. ¿Hasta cuándo habia de soportársele á vd. el rol que ha desempeñado, engañando á este desgraciado pueblo?

Siga vd. por donde le dé la gana que á mí no me ha de envolver con detalles ridículos de sus campañas imagina-

rias. Yo nada he dicho de esa campaña, sinó que hice referencia á los medios de que se valió para inducir al coronel Rivas á ir á San Juan. Sobre esos medios no habla vd. ni palabra, porque le queda la salida de que cuando obra mal es porque se encuentra en estado de sonambulismo.

Yo no he ofrecido medio *secreto* para justificar un aserto *público*. Lo que he dicho es que queria ser generoso por respetos á la moral; y como se me pidiese el que publicase todo sin respetar á ella, fué que ofreci á «La Tribuna» comunicarle lo que deseaba saber.

Pero esto es andar por las ramas. Vd. debia ocuparse de los tremendos cargos que le he hecho en el curso de mis cartas y dejar escrúpulos de beatas para otros tiempos.

Algo de muy importante tengo que rectificarle en un tercer articulito que me dirige, porque la cosa es trascendental.

Vd. desconoce las «*Máximas* políticas» que tomé de un viejo periódico, atribuidas á la Comision Argentina establecida en Chile.

Yo mismo dudé de ellas, no les presté crédito, como se lo dije. Ahora veo que las desmiente, atribuyándolas á maquinaciones de Oribe.—Está bien. Pero me interroga porqué no publiqué las otras firmas que aparecen en esa publicacion. No las publiqué y lo advertí, porque esas firmas eran de personas que hacian imposible la veracidad de esas máximas. Por otra parte, las personas que allí aparecen están muertas, y siempre he conservado profundo respeto por las cenizas de nuestros antepasados, no vd. señor Sarmiento, que se atrevió á nombrar las de una persona respetada por todos para arrojar una sombra venenosa sobre su reputacion.

Le declaro francamente, que si al pié de esas máximas hubiese estado su nombre solo, créame que habria creido en que ellas son fruto de su reputacion.

¿Qué importan las palabras cuando los hechos hablan mas que ellas? ¿Porqué habia de negar vd. que era su conviccion «el dar muerte á los prisioneros», «emplear el terror» y lo demás que en ellas aparece?

¿No están allí sus cartas al General Arredondo en que le ordenaba hasta asesinar con consejo de guerra? ¿No le habia V. autorizado á fusilar *cuantos creyese necesario?* ¿No se quejaba de que el Coronel Segovia, que habia capturado una montonera en una cueva, en vez de haber fusilado á tres y quintado á los demás, hubiese cometido el crímen de enviar esos reos al Juez Federal?

Pero si esto no fuese bastante para probar á V. su identidad con esas máximas, sirva al menos este otro documento, que tambien anda en papeles viejos, y diga si él es falsificado por algun otro Oribe.

Marzo 15 de 1872.

Al Exmo. Señor Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, Brigadier General D. Bartolomé Mitre.

En virtud de la autorizacion dada á S. E. para mandar las fuerzas de la Provincia, cumplo con el grato deber de acompañarle las notas y partes impresos del Comandante D. José B. Aguilar y del Coronel D. Ambrosio Sandes, dando cuenta del decisivo y completo triunfo obtenido en las Salinas Grandes (Rioja).

El Coronel Sandes llevó órden por escrito de *pasar por las armas* á todos los que se encontrasen con las armas en la mano, y lo ha ejecutado en los gefes y oficiales.

Dios guarde á V. E.

D. F. SARMIENTO.
Valentin Videla—Ruperto Godoy.

Párrafos del parte de Sandes, de Marzo 12 de 1862 dirijido al Sr. Sarmiento.

« Han sido pasados por las armas, segun la órden de V. E. al siguiente dia de la batalla en el « Puesto de Valdéz » y sobre el mismo campo, los *siguientes prisioneros:*

Sargento Mayor D. Ciceron Quiroga.
Capitan D. Policarpo Lucero.
Ayudante Mayor D. Carmelo Rojas.
Teniente D. Nemoroso Molina.
Teniente D. Ignacio Bilbao.
Teniente D. Juan Ballejos.
Alferez D. Ramon Gutierrez.
Alferez D. Juan de Dios Videla.

Firmado—*A. Sandes.*

V. habia dicho en su *Facundo:* « El gaucho argentino mata porque le mandan matar, y no roba porque no lo mandan. Si quereis averiguar como no se sublevan estos hombres, no se desencadenan contra el que no les dá nada en cambio de su sangre y de su valor, preguntadle á D. Juan Manuel Rosas todos los prodigios que pueden hacerse con el terror. El sabe mucho de eso! No solo al miserable gau-

cho, sinó al ínclito general, al ciudadano fastuoso y envanecido se le hacen obrar milagros! ¿No os decia que el terror produce resultados mayores que el patriotismo? »

Hé ahí su criterio para gobernante. El gaucho malvado máquina. El terror lo puede todo.

A eso iban sus órdenes de sangre. A ese resultado de la matanza que ordenaba de prisioneros.

Pedir á V., á su naturaleza, otra cosa que actos de crueldad, es lo mismo que pedir flores á los cardos, frutos á la higuera maldita, como V. se calificaba cuando pretendia ser el terror del bello sexo.

En medio de tantos recuerdos de barbarie ejecutados por el padre de la civilizacion, bueno será que mezclemos un rasgo de V. que interrumpa la indignacion de los que van conociendo sus hazañas y sea un lenitivo á las fatigas que causan al espíritu.

Ese rasgo va á dar los quilates de su saber, de su buen gusto en los mejores tiempos de su vida, cuando contaba 35 años de edad, en la fuerza de su desarrollo, despues que habia asombrado á Bello con sus producciones en 1842, hecho caer de espaldas al General Las Heras con su resolucion de servir contra la causa liberal.

El sábio, el literato, el educacionista rinde exámen de sus dotes intelectuales.

Una matrona pidió á V. en 1850 una composicion para su álbum. Llevó V. el libro á su casa y lo devolvió con el siguiente fragmento que he tomado testualmente, con la misma ortografía, sin variarle un pelo. El público debe felicitarse de poseer esta pieza sin rival.

Dice así:

« Mal se hermanan con flores, versos y harmonias los sue-
« ños adustos de la politica. Musa severa, poesía sin entra-
« ñas, que, coronada de espinas, marchara imposible con el
« pié en la sangre, apoyándose sobre ruinas, los ojos fijos
« adelante, lejos en un porvenir fantástico, miraje de la
« intelijencia; manzana llena de cenizas. . . .No pida V.
« flores á los cardos, ni fruto de bendicion á la higuera mal-
« dita.

« 1850—D. F. Sarmiento. »

Hé allí el enfant terrible de la literatura. Y no mas comentarios.

Sigo ahora el hilo interrumpido de mi anterior carta.

Le dejaba á V. estableciendo un régimen de libertad; poniendo á las provincias bajo el régimen del terror.

Ahora es necesario le recuerde lo que hacía á la sombra de ese régimen para civilizar á este pueblo de bárbaros.

Era su fuerte la instruccion pública. El país debia ser convertido en escuela. A educar! á educar! fué el grito de guerra lanzado contra la barbarie desde las alturas ejipcianas que tres siglos contemplaban ese cuadro horripilante de los desiertos y de las ciudades.

Es Napoleon al pié de las Pirámides que lanzaba sus lejiones á la victoria diciéndoles: Cuarenta siglos os contemplan!

El Napoleon argentino habria arrojado á los vientos su enseña: *Educacion!* pero como en todas las cosas, tomó el rábano por las hojas, como era natural que sucediese.

¿Cómo podia ser V. el padre de la luz cuando apenas alcanzaba á ser «candil de la calle y oscuridad de su casa»? ¿Cómo podia educar el que no sabia ni el idioma español, ni su ortografia?

Habria bastado abrir el libro «Nociones elementales de física por Mr. Lewis» traducido por V. para comprender que ni conocia el francés, ni el español, ni los rudimentos de la física, demostracion fácil que no es del caso hacer; pero que se la ofrezco para otra oportunidad.

Bastaria leer el trozo que le dejo trascripto para comprender que quien escribe *harmonias* con *h*, se encontraba en condiciones de ir á la escuela.

Sin embargo, la fama le presentaba como el primer educacionista, sin mas fundamento que el haberlo así asegurado V. mismo.

Sus intérpretes y admiradores, no le comprendian su idea educacionista. Ellos creian que les hablaba de enseñar á leer, escribir y otras cosas; y no sabian que V. se referia á otra cosa.

Convertir al país en escuela para civilizarlo significaba en sus adentros: convertir el pueblo argentino en un pupilado con un maestro cruel á la cabeza, para enseñarle á obedecer á un Presidente cual si fuese el único poder en el país.

Confió el ramo al Sr. Avellaneda, al cual V. reconoció como digno de ser el continuador de su administracion, para que allí emprendiese la tarea de heredar la palmeta del Maestro Presidente.

En esta parte fué previsor. Conocia V. á su pueblo.

¿Pero la educacion que todos esperaban?

Esa era la música y ella no debia cesar.

El presupuesto asignaba 2.000,000 fuertes para la educacion. V. lo elevó á 8.000,000. Con esa suma anual ya habia paño en que cortar. El buen pueblo se creia tan rico que no hacia alto en esa bicoca.

A mas de ese presupuesto, vinieron las leyes especiales suplementarias, que son á veces mas latas que el presupuesto.

La campaña se abrió ofreciendo un premio de 10,000 fuertes á la provincia que dijese tenia un 10 p % de su poblacion en lȁs escuelas—En el acto salieron los gobernadores con ese número reclamando el premio, y riéndose del gobernante; porque le hacian pasar gato por liebre. El 10 p % constaba en las listas. Esto bastaba para el bombo.

Edifíquense colegios en todas las provincias, y los colegios se edificaron unos, y otros quedaron en obra, por administracion esmerada de los encargados.

Los maestros no se encuentran. Son pocos. Entónces se hace lo que acaba de hacer la Lejislatura para tener número: admite á todo el que se presenta queriendo ser educacionista para irse á educar al mismo tiempo que enseñaba.

Libros. V. habia previsto la falta y hecho venir de Norte-América quien los procurará. Los libros se compran á millares, se gastan gruesas sumas. Eso era poco. Mas libros Allá van las bibliotecas. Entra el furor por ellas. Las forman las provincias, los pueblos de campaña, los barrios. Se trata de educar, se trata de civilizar. Los libros en español son estúpidos. Vengan traductores de obras yankes. La primera es la que trata de los «Poderes de guerra por Pomeroy»—Bella educacion.

La tipografía Nacional se encuentra muerta, porque gravadas las materias primas, se pide todo al esterior que es lo mas barato.

Se improvisan autores y traductores. Las obras llueven. El público no las compra, pero vd. se las hace pagar comprándolas con dineros del pueblo.

Hasta los muebles para esos colegios son pedidos á los Estados-Unidos, en donde debió formarse la mas triste ideá de este país, cuando era necesario hacer venir del exterior hasta bancos.

Dinero habia de sobra. Una exposicion era algo nuevo, y ella fué en el acto decretada. Elije vd. á Córdoba, lugar mediterráneo y deja de la mano á Buenos Aires. 4.000,000 fuertes se arrojan á la calle y la esposicion tiene lugar sin

otros resultados que el de ostentar el atraso de las industrias del interior, puesto que el litoral no se atrevia á ir á tal distancia.

Sin embargo, el dinero público ahogó ese fiasco con publicaciones voluminosas.

Córdoba era el pedestal á formar para la candidatura del Sr. Avellaneda. Allí envió vd. la esposicion, el observatorio y la reforma de la Unniversidad (el edificio.)

El encargado del ramo, Sr. Avellaneda no mermaba sus trabajos educacionistas. Queria ser digno sucesor de vd. En una de sus memorias al Congreso me descubrió su competencia. Citó á un autor aleman que trataba de la educacion en América y copió un párrafo. Era el mismo que habia publicado «La República» dos meses ántes, y al cual se le habia suprimido el nombre del que lo habia escrito. El Sr. Ministro lo atríbuia á un autor aleman. El trozo era de Alberdi!

Así iba todo, señor Sarmiento. Pero era necesario educar y la educacion seguia. De súbito cae el telon y se prensenta con toda verdad el sistema educacionista, su fuerte.

¿Qué se vió? Cada colegio era un plantel electoral. El exámen final lo hemos visto: el premio se lo sacó el discípulo de vd., el doctor Avellaneda.

El país convertido en una escuela y teniendo un maestro para dirijirlo con palmeta en mano.

A los que algo habian aprendido, á esos se les persiguió para que no perturbasen el órden del establecimiento. «La letra con sangre entra.»

Majister dixit.

He allí la obra de vd., la obra del primer educacionista de América.

No puede negarse que al ménos tiene el mérito de la orijinalidad.

Resultado final de este sistema civilizador: el pueblo que empezaba á gozar del bien de las instituciones, quedó sin derechos políticos. Retrocedió doce años.

¿No es verdad que vd. ha de haber reido á mandíbulas batientes, al palpar las creederas de lós que habian consentido en que vd. era educacionista?

Tiene vd. razon en calificar de bárbaros á los engañados por vd.

Buenos Aires, Mayo 1° de 1875.

MANUEL BILBAO

SÉTIMA CARTA

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

En mis dos anteriores le he recordado lo que hizo vd. para gobernar á nombre de la libertad y de la civilizacion. Su organizacion militar y del terror como su escuela educacionista.

Vd. ha tenido un grave defecto orgánico, aparte de los otros capitales que creo haberle hecho ver.

Ha sido hombre de impresiones, en ningun tiempo un pensador. Para que se convenza de ello, le basta darse cuenta de lo que ha producido.

Va á Chile y se hace conservador porque le agradó Montt.

Viaja por Europa y juzga á la España, como á la Francia á vuelo de ave de mal agüero. Porque en una fonda le sirve un mozo en mangas de camisa y el mantel está sucio, la España es un país ignorante y en decadencia. Porque en otro hotel encuentra el confort de la vida, movimiento, refinamiento de gustos, considera á la Francia el primer pueblo culto de la tierra.—Nada vé en esos pueblos de sus grandes hombres. No se apercibe de las obras que señalan el movimiento del progreso humano. Desconoce á los pensadores y filósofos. Los tipos los busca en aquellos é quienes se acerca. —Vd. marchaba en demanda de impresiones que narrar, pero sin tomarse el trabajo de estudiar la filosofía de los pueblos en su marcha al través de los siglos. Se topa con Thiers, que se aburre de la visita que vd. le hace, de puro petulante, é ignora que existia un Lamennais, la mas poderosa cabeza del siglo XIX.

Con un poder colosal en la muñeca de la mano, vd. procura llenar páginas de páginas para hacer saber que ha viajado cifrando su gloria en la cantidad. Para producir la cantidad no tiene inconveniente en ofrecer como novedad los derroteros y monumentos que el viajero conoce al llegar á Europa por las guías que se le presentan á millares.

De la calidad poco se cuida.

De aquí proviene lo que vd. quizás no sepa, porque no ha querido atender á los que le han criticado, y solo dar oídos á los que le han quemado incienso; proviene el que á pesar de sus cuarenta años de escritor y orador, nadie le haya citado por una idea, por un pensamiento, por un juicio que señalan al que se hace respetar por sus estudios y esfuerzos.

Todo lo que de vd. se conoce, que se cita y se repite son frases para reír.

«No eche pelos en la leche», «gallos de mala ralea», «no se cambia cabalgadura en medio del rio», «frutos de cuatro patas», y otros por el estilo, que revelan al hombre poco sério.

Un hecho de su vida retrata su juicio investigador.—Corriendo vd. con las escuelas de la Provincia, visitó en cierto dia la de un maestro italiano. Quiso inquirir el adelanto de los muchachos—Habia en la escuela cerca de sesenta niños.

Se informó de lo que leían. Tomó el libro, y colocándose en la tarima del maestro dijo á los examinandos: abran la página 22.—Todos la abrieron. Acto continuo agregó vd. —lean.

Los muchachos leyeron á una voz.—Sesenta voces á un tiempo!—El maestro le observa que así no podria conocer el adelanto de los díscipulos.—Vd. se enfadó, gruñó y se fué.

No es otro su procedimiento como escritor, como mandatario. Busca impresiones, rarezas y nada mas.

Con semejante criterio se propuso probar durante su administracion, no solo que el país habia puesto en manos de un niño una navaja de barba, al confiarle el poder, sino que vd. obraba al revés de lo que ántes habia escrito ó repetido.

Uno de los ramos delicados de la administracion, es sin duda el Departamento del Interior. Era en este ramo en donde debia conocerse al constitucionalista, al comentarista de la Constitucion Nacional. Me concretaré á pocos casos para no serle fastidioso.

Esto me permitirá presentarle sin criterio propio y como el mayor perturbador de las ideas republicanas.

Habia quienes le habian calificado como el mejor constitucionalista de la República Argentina.

Vd. ha debido creerlo, y sin embargo es vd. mismo quien me va á ofrecer las pruebas de que no era otra cosa que un copista sin convicciones de lo que leia.

Su reputacion venia de haber impugnado la Constitucion del 53.

Veamos como eran esas impugnaciones.

Ocupándose vd. del derecho de intervencion que aquella ley orgánica acordaba al presidente, para mezclarse en los asuntos de las provincias, establecia la siguiente doctrina:

«¿No será de temer que el Ejecutivo Nacional vea la sedicion donde solo hay la oposicion ó un sistema ó un obstáculo á sus miras de partido, ó una resistencia á influencias

personales, sin salir de los límites del derecho y de la independencia provincial?

«El poder federal *no es árbitro* en todas las conmociones interiores de las provincias, sino en aquellas que tienen por objeto obstruir ó impedir la ejecucion de las leyes de la federacion.

«Debe además tenerse presente, que la ciencia del gobierno federal es ser puramente esterior.»

Despues, en 1860 al discutir la reforma de esa Constitucion, se esforzaba vd. en independizar cuanto era posible el régimen de cada provincia, y señalaba hasta qué punto llegaba esa independencia local, autonómica, refiriendo los errores de la ley que se estaba reformando, viniendo á concluir con las siguientes palabras:

«Quitóse al poder judicial (nacional) la atribucion de juzgar en los conflictos «entre los poderes públicos de una misma provincia,» á fin de que el gobierno nacional «no se entrometiese á juzgar quien tenia razon entre aquellos poderes, dejando á sus propias instituciones y al derecho comun arreglar estas cuestiones.»

Eso que vd. habia establecido como doctrina, no estaba en sus convicciones. Habia vaciado como suyo lo que enseñaba «El federalista» de los Estados-Unidos.

Por eso le veo en completa pugna, mas tarde, entre sus antiguas publicaciones con sus actos y doctrinas de gobernantes.

Desde que llega al poder todo cambia.

Se encuentra vd. con una revolucion local en Corrientes. Ella provenia de lo siguiente:

Gobernaba allí Lopez. Para su eleccion de presidente, se desprendieron del ejército algunos oficiales y obligaron al gobernador á renunciar.—Este se retiró á la campaña y levantó ejército.

¿Qué hizo vd. para condenar esa inmoralidad? La revolucion es una calamidad, vd. es hombre de órden. Pero en Corrientes esa revolucion habia sido provechosa á vd.—Habia porque hacer escepcion.

En el acto mandó al Dr. Velez á donde estaba Urquiza, y allí se hizo venir á Lopez, intimándole rendirse.

Corrientes quedó en paz.

Viene en seguida la ruidosa cuestion San Juan. Una minoria de la Legislatura se choca con el gobernador. Pide aquella proteccion á vd. é interviene.

¿Porqué intervenia en un negocio interno, cuando su doc-

trina iba hasta no reconocer otro poder al Gobierno Nacional que el de las relaciones esteriores, y habia abogado y conseguido que ni el poder judicial pudiera injerirse en las discusiones locales?

Pero no bastaba el hecho, vd. cambiaba hasta de doctrina. En las instrucciones al comisionado que mandó, le decia todo lo contrario de lo que habia sostenido en sus comentarios del 53 y en sus discursos del 60.

«En ningun caso, le decia, el Poder Ejecutivo puede deducir acciones contra el Legislativo ni el Judicial ni oir queja interpuesta contra estos, *por cuanto el Poder Ejecutivo es supremo sobre los otros poderes* á quienes puede residenciar y deponer declarándolos culpables en la forma establecida ó que se estableciere.»

«Si el Poder Ejecutivo de San Juan pretende que es nula la eleccion de los dos miembros» con que completa su mayoría la Legislatura, hay en esto violacion de la forma republicana de gobierno, por cuanto la Legislatura es el juez de la eleccion de sus miembros, y que para la validez de sus actos no necesita una Cámara la sancion de la otra, en caso de estar dividida en dos Cámaras, el cuerpo Legislativo ni ambas del «cúmplase» del Ejecutivo.»

«Al motivar su decreto el Ejecutivo, por fundadas que parezcan sus razones, carece de personeria y jurisdiccion, y por tanto, es nula una decision que no le compete.»

Y despues de recorrer los hechos del modo que le convenia presentarlos, concluia así:

«Tales son los hechos que á juicio del gobierno nacional constituyen clara, evidente y manifiesta violacion de los principios fundamentales de la forma republicana de gobierno, y cuyo desagravio reclama el cumplimiento de la garantía que á ellos da la nacion en cada provincia.»

¿Cuando era vd. constitucionalista, cuando sostenia que ningun poder Nacional, ni aun el Judicial podian intervenir en las cuestiones que tuvieren los poderes de una provincia, ó cuando sostenia que podia el Ejecutivo decidir ó intervenir en esas cuestiones?

En ninguno de los casos; porque en ambos no habia sido sinó el copista de lo que caia en sus manos.

Antes de ir á Estados-Unidos; no se conocian los falseamientos de aquellas instituciones. Por eso copió al «Federalista.»—Despues cuando fué se encontró con una doctrina nueva, sostenida por los defensores de Johnson (presidente acusado ante el Senado), y se quedó con la última.

La prueba de su falta de convicciones no podia quedar en esto solo.

Habia sido traducida la obra de Pomeroy. Ella le impresionó, y sin dar tiempo á que se olvidase lo que acababa de sostener respecto á la cuestion San Juan, vino á sostener meses despues otra nueva teoría.

La intervencion á San Juan trajo la caida del gobernador. Este, asilado en Mendoza, pidió á su vez la intervencion para ser repuesto.

Acosado vd. con estas cuestiones, que le pedian el cumplimiento de lo mismo que acaba de sostener, se lanzó á sostener lo siguiente:

«Que los errores de los Poderes Públicos no se corrijen» aduciendo la siguiente doctrina de Pomeroy escrita para defender á Johnson.

«El Presidente, dice, arranca su poder de la misma fuente que la Lejislatura y poder nacional: no tiene que dar cuenta á ninguno de los dos: *su juicio es tan absoluto como el de cualquier legislador, y mas aun que el de cualquier juez; ninguna otra rama del Gobierno tiene derecho para inmiscuirse con él, en el ejercicio de sus atribuciones.*

¿Cuando era constitucionalista, cuando sostenia «que el Poder Lejislativo es supremo sobre los otros poderes» ó despues cuando sostenia que el Ejecutivo era absoluto en sus juicios, superior á cualquier otro?

En ninguno de los tres casos; porque en todos ellos no hacia otra cosa que repetir lo que leia, sin discernir, sin darse cuenta de los principios democráticos ni de las instituciones federales.

Fué por eso que su administracion fué una bola sin manija, que nada establecia, que todo lo conculcaba, que traia una perturbacion completa en el régimen teórico y práctico de las leyes patrias.

Obrando asi le veo intervenir en San Juan cuando lo quiere y cuando no, no. Le veo intervenir sin requisicion en Santa-Fé y dominar aquella provincia, al estremo de enviar un regimiento con el coronel Borges á las mesas electorales. Le veo negar la intervencion en Jujuy, desde que el gobernador habia sido depuesto por revolucion iniciada por tropa nacional.

V. vino á probar que su voluntad era la única Constitucion, que las provincias eran sucursales de un poder centralizador, y que la federacion era una música para ahogar los clamores de los pueblos que clamaban por sus libertades.

Esa conducta de vd. se esplicaba fácilmente. Vd. habia leido la teoría del sistema federal y habia dicho que era partidario de él. Pero cuando vió la práctica que se observaba en los mismos Estados-Unidos, creyó que mejor era lo último que lo primero.

La última educacion fué de las mas fatales.

Si vd. hubiese ido á Roma en tiempos de Sila habria creido que la república era la dictadura sangrienta. Vd. fué á Estados-Unidos en la época del escándalo, cuando se encontraban en estado de asamblea, dominados por la ley militar, envueltos en la guerra civil.

V. vió lo que se hacia allí con los Estados-Unidos del Sud, gobernados como pueblos conquistados y creyó que así debia gobernarse á los que se mostrasen opuestos á su réjimen.

Los Estados Unidos de Washington no eran ya. Aquellos tiempos de virtudes que crearon aquel poder republicano, habian pasado. Sus escritores mas sérios denunciaban profundas llagas en la administracion; denunciaban, como siguen denunciando, el espíritu monárquico que invade las esferas del poder, como la corrupcion que desnaturaliza el deber cívico.

Todo eso, para una naturaleza dispuesta como la suya al mal, fué el refinamiento de sus instintos.

Trajo por tipo presidencial á Johnson que habia sido acusado y librado por manejos poco dignos en el Senado.— El absolutismo impetuoso como símbolo de un Ejecutivo.

En todo individuo hay el instinto natural de quscar en que desarrollar las condiciones nobles del alma. Cualquiera en su caso, en vez de ir á empaparse en la decadencia democrática de los Estados-Unidos, habria buscado los modelos primitivos que dieron nombre á ese país. Pero vd. no. Vd. se lanzó á copiar cuanto pudiese robustecer una mala organizacion y á beber veneno para inocularlo al pueblo arjentino.

¿Qué nocion ha quedado en pié? vd. procuró desconceptuar el Senado, desconociéndole hasta la facultad de hacer comparecer á los ministros á su sala.—Vd. viajaba cuando queria, sin delegar la presidencia.—Vd. hacia generales sin injerencia del Senado.

¿Qué no ha hecho vd. para desacreditar la ley fundamental?

Dejó la escuela del escándalo en todos sus actos abusivos, escuela que debia crear un órden de cosas incalificable y

que el actual mandatario definió ser la continuacion de su administracion.

No, vd. no ha sido constitucionalista. Ha sido si el falseador del réjimen constitucional.

Y sin embargo no falta quienes le declaren el mas sábio de los hombres de actualidad!

Militar de pluma, Dulcamara educacionista, déspota como gobernante, solo me falta estudiarle como financista para completar el cuadro que exhibe á vd. tal cual ha sido en verdad, y tal cual lo ha sido bajo el sistema de la mentira.

Como financista, va á caberle la gloria de haber arruinado á su patria y á recordarle cuantos millones se han gastado para satisfacer su sed de progreso.

Buenos Aires, Mayo 3 de 1875.

MANUEL BILBAO.

OCTAVA CARTA.

Sr. D. Domingo Faustino Sarmiento.

No habria quedado vd. contento, si no viese completado el bosquejo de su personalidad estudiada bajo el aspecto que aun no he tocado.

Vd. se ha creido financista, el primer estadista argentino. Para probarle que ha sido todo lo contrario, basta recordarle su administracion y presentarle el conjunto de su sistema económico.

El país podrá conocer el resultado de lo que le cuesta el haber entregado á vd. la direccion de los negocios del Estado.

Habia sido fatal guerrero, inútil educacionista, peor político. Ahora va vd. á ver como fué el mas ruinoso de los administradores.

Vd. habia dicho del sistema inaugurado por la Constitucion del 53, las siguientes palabras:

«Mentira en las palabras, mentira en el sistema y bases de la Constitucion, y reato puesto á la facultades en lo que es vital, y que lo fuerza á subvertirlo todo; corromper un gobernante aquí por promesas y dones secretos; auxiliar ó tolerar

las conspiraciones que tiendan á librarlo de un mal agente allí; á hollar pueblos y legislaturas en donde quiera que la influencia pacífica de la ley le quite un agente que le venia de perlas; derramar clandestinamente el oro del estado para proposionarse prosélitos; y trabar la marcha pública de los negocios por las maquinaciones secretas de agentes privados encargados de corromper, de espiar, de intimidar y de cohechar en las provincias.»

Anticipaba en ese comentario crítico lo que debia decirse mas tarde su administracion: mentira en todo.

Antes de hacer un viaje triunfal pera recibirse de la Presidencia, vd. habia pasado á Paris y visto allí la grandiosidad de la moderna Babilonia—Napoleon III habia afianzado su poder personal derramando el oro, fomentando los intereses materiales, cruzando el país de rieles y telégrafos. La Francia estaba contenta á ese precio.—Vd. habia visto los caminos de Estados-Unidos, las redes telégraficas. Atribuia á unos y otras la prosperidad asombrosa deaquellos pueblos, y sin consultar las condiciones de su patria, intentó trasplantar apuí lo que habia visto, sin calcular cosa alguna.

Imitador sin inventiva, no se dió ni el trabajo de acomodarse á las circunstancias especiales de esta sociedad.

Vd. ostentaba como título de inventor lo que no le correspondia. Ya se habia apropiado la fundacion de Chivilcoy, desnudando de su gloria al Sr. Villarino. Ahora queria ser el cuerno de la abundacia, como habia pretendido ser el padre de la luz.

Al desembarcar en Buenos Aires, los lancheros le cobraron el desembarque de su equipaje y biblioteca. Encontró que era el gasto excesivo, mayor que el que había pagado de Europa á Bnenos Aires. Entónces comPredió que habia necesidad de un puerto y con tal motivo apoyó un proyecto del Sr. Eduardo Madero, esponiendo lo que vd. habia pagado por el desembarque de su equipaje.

El Congreso rechazó el proyecto por sumamente oneroso.—Esto le indignó y bramó contra los que cuidaban por los intereses fiscales.

Vd. habia oido decir que en Inglaterra no se hacian cuarentenas. La fiebre amarilla invadió á Buenos Aires. En esta parte se cuidó bien de no imitar la conducta de los monarcas. En vez de ponerse á la cabeza de la situacion, protejer á los que caian á millares, cerró las arcas, y como buen militar se marchó de la ciudad infectada á esperar que acabasen de morir los abandonados por las autoridades nacionales.

Héctor Varela calificó esa conducta en «El Américano,» de cobarde é indigna.

Para mí nada habia de estraño en esa conducta de vd. Ni cuando jóven, en la edad de las emociones generosas y abnegadas; ni cuando anciano, en la época de la madurez y y de la severidad en el sentimiento, habia dejado vd. rastros de una accion, de un acto, de un arranque humanitario. No se le conoce una obra de caridad, un consuelo acordado á la desgracia. Corazon perverso, la vida de vd. está repleta de sentimientos crueles que hacian dejar toda esperanza de verle obrar en las calamidades como cristiano, ya que no lo habia hecho como hombre.

En una carta escrita por uno que fué su amigo, se refiere un arranque espontáneo de su naturaleza, y que convendria trasmitir á los propietarios de «La Tribuna;» arranque que le brotó al saber la noticia en Chile del asesinato de un hombre querido y respetado por todos sus contemporáneos:

Miéntras ménos bulto mas claridad.

Pero no quiero alejarme del objeto de la presente, con digresiones que serian interminables.

Bien comprendo que seria de efecto amenizar este estudio con rasgos que le ridiculizaran, como aquel de pasearse de general en una provincia para hacerse batir marcha, como aquel descubrimiento de Carapachay que vd. saludó como Colon al poner pié en las Antillas haciendo fuego con su escopeta, como aquel viaje por tierra de San Juan á Buenos Aires, en que descargó sus armas al pisar el Arroyo del Medio, por haber pisado en territorio, civilizado, como aquel susto que dió á sus amigos al volver de Europa á Chile, vistiéndose de Turco y retratándose como tal, como descendiente de moros.

Pero esto no conduciria sinó á corroborar la idea popular que existe del estado de su cerebro; y esto si divierte, el resultado seria el desvirtuar la gravedad de las responsabilidades que pesan sobre vd.—Es por esto que debo seguir mi camino. ¿Estamos de acuerdo?

Fracasado el proyecto de un puerto en los términos en que se proponia, vd. acometió otro mas curioso. Propuso al Congreso aprobar un contrato que habia celebrado con unos señores ingleses para establecer un Banco Nacional. El proyecto era tal, que el ministerio de Hacienda se negó á patrocinarlo, era el que mas le combatia. Entoncés lo hizo presentar por el ministro del Interior. Ese proyecto recibió un análises tan escrupuloso, que la prensa en coro lo re

chazó (escepto «La Tribuna»), y en el Congreso sucumbió al ser conocido. Si se acepta, ¿no es verdad que habria vd. tenido la gloria financista de haber resucitado en su patria la célebre Compañia de Filipinas?

No es posible estudiar su plan en todos sus detalles, porque no lo permite la naturaleza de estas cartas; pero sí fijarnos en el resultado que produjeron sus vistas económicas.

La parte de que voy á hablarle es prosaica, de números, lo que mas aburre al público; sin embargo de ser ella la mas elocuente y la mas importante para toda sociedad constituida.

Las rentas de la Nacion habian ido en un aumento manifiesto desde que el país se constituyó. En 1863 las rentas dan seis y medio millones. (Le prevengo que hablo de sumas redondas para no fastidiar). En 1867 eran ya de doce millones, apesar de la guerra del Paraguay y de la del Interior.

En 1868 entra vd. y tiene doce y medio millones En 1873 ellas suben á veinte millones.

Hasta 1867, el presupuesto nacional llegaba á ocho millones; y los gastos ordinarios se cubrian con mas de *cinco millones*.

Resultaba de ese presupueste y de esos gastos, que lo ordinario se cubria con cerca de seis millones.

Entró V. El país gozaba de gran crédito dada la estabilidad y el aumento de la renta.

La renta sube y hasta 1873 le proporciona 91 millones de fuertes.

En 74 le proporciona 15 millones mas, 106 millones á gastar!

Esto no lo tuvo jamás predecesor alguno de V.—La administracion anterior no habia tenido ni 45 millones en sus seis años.

¿Qué debia esperarse de ese aumento tan rápido? Debia esperarse la chancelacion de las obligaciones pasadas, disminucion de los impuestos.

V. como buen financista procedió como no habria procedido hombre alguno amante de su país.

Esas rentas no le fueron suficientes á V. para sus grandes proyectos. Necesitó de los siguientes empréstitos:

En 1869 pide al Banco de la Provincia........	2.000,000
En 1870 al mismo otros	2.000,000
A los Sres. Wanklyn y Ca.....................	6.000,000
Y en el mismo año para coronar la obra, pide á Lóndres 30.000,000, de los cuales recibió....	18.000,000

Es decir, que V. dispuso durante su administracion de *ciento veinte y seis* millones de pesos fuertes, dejando responsable al país por doce millones mas?

¿Qué hizo V. con tanto oro?

V. hacia decir en el Congreso, cuando le objetaban los gastos: que las cajas del Estado estaban llenas de oro.

Así debia ser, desde que habia recibido dos veces mas que el Gobierno anterior.

V. hizo lo que ha hecho con todo lo que ha caido en sus manos: destrozarlo para divertirse. Así lo hizo con esos millones, asi lo hizo con el crédito.

Viéndose en posesion de tantos millones, se lanzó en aventuras de progreso, por no decir con propiedad, de derroche.

El modesto presupuesto de la nacion lo elevó de seis millones á que montaba, á la colosal suma de veinte y un millones y medio de fuertes!

Hay oro, pues allá vá medio millon para divertir á Córdoda con una exposicion que á nadie sirve—Hay oro, allá va un ferro-carril de 130 leguas á Tucuman, que no pagó V. en su administracion; pero que legó como un clavo.

Veia que el Central Argentino no se costeaba, que habia gravado al tesoro con un millon setecientos mil fuertes en pago de la garantía, y sin embargo encadenaba al país á gastar quince millones para atravesar desiertos, y traer en una semana la produccion del Norte, teniendo que imponer un gravámen de dos millones mas por año; para sosten de una vía estemporánea é improductiva.

Hay oro, decia V., y era necesario poco ménos que atarle para que no contratase el puerto con Bateman, que costaba 10 millones, porque era imposible. Para convencerse, allá fueron doscientos mil patacones en ensayos.

Hay oro, allá van telégrafos hasta Jujuy para impartir órdenes electorales y hacer sentir su presion en todas partes, recogiendo el fruto de tener que aumentar los gastos en el sosten de lo que no producia.

Hay oro, que vengan armamentos, escuadras, sin tener dónde colocar ni cómo recibir los cañones, ni marinos á quien confiar los buques.

Hay oro ¿qve importa que las guerras de Entre-Rios cuesten diez y seis millones ó mas, cuando podian concluirse con uno ó dos?

Es el tiempo de la prosperidad y deben aprovechar sus partidarios. Los sueldos son pepueños, que se aumenten los de los que ménos hacen.

El oro viene, no tiene ocupacion, vá al Banco en depósito. El interés baja, á todos se brindan capitales. Entra la locura las empresas sin cálculo y sin base. Una prosperidad ficticia trae una riqueza imaginaria. El lujo de desarrolla, la tierra tambien se convierte en oro por su valor.

V. habia engañado al país, haciéndole creer que estaba rico, cuando lo que hacia era consumir lo prestado para devolverlo con las lágrimas del pobre pueblo.

No disminuye V. los impuestos.

El consumo del país escede en el doble á su produccion. Ya en 1873 se notaba un desnivel de treinta millones que el país pagaba devolviendo el oro que V. habia traido.

Por fin, llega el resnltado de su sistema económico, y en 1874, lega al país como fruto la ruina del comercio, la ruina del tesoro.

Defendiéndose vd. de ese resultado decia: «Quise hermanar los pueblos uniéndolos con esos lazos de fierro que se llaman ferro-carriles», y «hasta las vías férreas hallaron oposicion, oposicion fundada *en cuatro reales de mas ó de menos*; que no han de hacer á la república ni mas rica ni mas pobre».

Y para que no faltase el sarcasmo, la carcajada del mismo que se rie del mal que ha producido; imitando á Neron que pulsaba la cítara cuando se divertia contemplando el incendio de Roma, decia estas palabras á este pueblo: «Las rentas públicas, los empréstitos y el crédito de que goza la República, colocada á este respecto á la par de las mas antiguas y grandes naciones de la tierra (olvidó vd. las naciones del aire), han bastado para sufragar los gastos que demande el presupuesto y leyes reglamentarias».

No, señor Sarmiento, vd. mentia una vez mas para engañar al país.

Vd. habia visto disminuir la renta en 1874, de 20 millones á 15, y presupuestaba 21 y medio millones de gastos ordinarios, dejando un déficit de ocho millones.

Vd. dejaba además el déficit de tres millones del servicio de 1873.

Legaba vd. un déficit de 11 y medio millones, que unidos al presupuesto, suman 32 milloues exijibles en el año en que vamos, cuando la renta no alcanza ni á 14 millones!

Vd. disponiendo del dinero del empréstito, para Obras Públicas, para armamentos y paseos, faltando así á la fé empeñada en el mercado inglés, ha muerto el crédito y no se conseguirá un peso en muchos años.

Esportado el oro por falta de produccion, ha venido la reaccion positiva sobre la situacion ficticia, y la tierra perdió su valor, el interés subió al grado de la usura, el dinero desapareció. Vino la ruina industrial del país.

Y lo que es peor, con necesidades y responsabilidades que antes no existian, que encadenan al pueblo á trabajar por muchos años para pagar lo que trajo su sistema económico.

¿A qué mayor gloria podia vd. aspirar?

Ha debido envanecerle tanto desastre. El incendio del templo de Efeso tambien fué la inmoralidad de un hombre. Un monumento debia consagrarse á representar su tránsito por las arcas fiscales. A Ney lo presentan en el momento del combate, con el sable en mano. A Nelso lo simbolizan de pié sébre un navío rodeado de cañones y con un anteojo en la mano. Al abate Lepee lo presentan destruyendo la caridad.

Vd. no ha esperado que le levantasen una estátua. Vd. se ha levantado la que realmente retrata su sistema económico creando la Avenida Sarmiento, con largas filas de escobas, de palmas por adornos. Era el primer barredor del tesoro público para arrojarlo á los escombros de una sociedad que recibió vd. organizada, con crédito, con respetabilidad y que ha entregado en ruinas al continuador de su política.

He concluido de recordar á vd. lo mas prominente de su vida pública.

A los 66 años de edad. despues de haber sido cuanto quiso ser, despues de haber figurado en todos los puestos desde el de pedagogo hasta el de Presidente, ¿qué habrá conquistado para su nombre? El apodo de LOCO cuando le correspondia el de VERDUGO, empleo que le veo solicitar en sus últimas publicaciones sosteniendo el imperio de las ordenanzas militares para juzgar los delitos comunes y las causas políticas.

Me despido de V., quedando á sus órdenes para continuar la discusion á que se sirva invitarme á provocarme.

Buenos Aires, Mayo 5 de 1875.

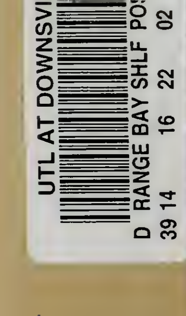
MANUEL BILBAO.

F
2347
B6
1875

Bilbao, Manuel
Cartas de Bilbao a Sa

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCK

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRAR


UTL AT DOWNSVI
D RANGE BAY SHLF POS
39 14 16 22 02